



To  
order



5-609

*Edición original*



R. 117669

**LEALTAD DE UNA MUGER**

**y**

**AVENTURAS DE UNA NOCHE,**

**COMEDIA**

**EN TRES ACTOS Y EN VERSO.**

*Su autor*

**DON JOSÉ ZORRILLA.**

**MADRID.**

**IMPRENTA DE REPULLÉS.**

**1840.**

DGCL  
A

150E

1<sup>a</sup> edic

C-09229

811. 150866

C. 1193774

## PERSONAS.

---

DON JUAN.

DON CARLOS.

DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.

DON ANTONIO NOGUERAS.

GARCERÁN.

DOÑA MARGARITA.

BEATRIZ.

BRÍGIDA.

RANGEL.

Un gefe de los rebeldes de Barcelona. — Justicia. —  
Soldados. — Rebeldes. — Montañeses. — Pueblo.

---

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante  
cuatro leguas de Barcelona, la noche del día 12 de  
Marzo de 1461.

---

*Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun preciene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

*Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho con un farolillo que alumbra la escena.*

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. GARCERÁN.

D. PEDRO. ¿Y entrastes en la ciudad?

GARCER. Fuéme imposible, señor.

D. PEDRO. Tal vez te faltó el valor.

GARCER. No fue por miedo en verdad.

Mas es tanto el alboroto,

la alarma y el son de guerra,

que no hay un palmo de tierra

seguro en peña ni soto.

Mas de cinco mil jayanes

armados con picas y hoces

mostrando estan lo feroces

que son hoy los catalanes.

No temen ni Dios ni ley,

y sin otros requisitos

les dejo pidiendo á gritos

la cabeza de su rey.

D. PEDRO. ¿Tanto la asonada apremia?

GARCER. Señor, es en tal tumulto

cada razon un insulto,

cada grito una blasfemia.

Por el príncipe de Viana

rebeldes clamando estan,

y si al fin no se le dan

contra el rey salen mañana.

D. PEDRO. ¿A tanto se han de atrever?

GARCER. ¿Qué si se atreven? Señor,  
ya iban al gobernador  
cuando me vine, á prender.

Diputados la ciudad  
al rey atrevida ha enviado,

á pedirle de contado

su fuero y su libertad.

No quieren otro señor

que el príncipe, y si les pican

han de osar, segun se esplican,

á desacato mayor.

Ya han puesto en las armas reales

unidos ambos blásones,

y estan hirviendo en pregones

las casas consistoriales.

D. PEDRO. Mas el príncipe en Pamplona

por el rey preso aun está.

GARCER. Pues ó libertad le da

ó el rey pierde á Barcelona.

D. PEDRO. ¿Y está el camino tambien

de Lérida interceptado?

GARCER. No estará, si aun no ha llegado

tierra adentro el somatén.

Mas si ya del atambor

rebelde oyeron la seña,

no hay villa, lugar ni peña

por el rey don Juan, señor.

D. PEDRO. ¿Y no sabes escusada,

Garcerán, una vereda

que hasta el rey llevarte pueda?

GARCER. Es la noche tan cerrada

que por milagro será.

D. PEDRO. Mas si el rey por un descuido

ignora aun...

GARCER.

Es perdido,

sobre él Cataluña va.

D. PEDRO. Pues advertirle es preciso.

GARCER. Hem... (*Remiso.*)

- D. PEDRO. ¿Garcerán, no te atreves?  
Ve que es fuerza que le llesves  
tú de palabra el aviso.  
¿Dudas?
- GARCER. Dudo si llegar  
hasta Lérida podré.
- D. PEDRO. Mis caballos te daré  
y los puedes reventar.
- GARCER. No por caballos lo deajo,  
que harto tengo con el mio,  
que va cobrando mas brio  
como va siendo mas viejo.  
El mas astuto lebrel  
no me atrapa en paz ni en guerra  
si cuatro palmos de tierra  
pongo entre mi jaco y él.  
No temo á ningun tunante  
que por la pista me siga,  
mas sí, emboscada enemiga  
que me tenga por delante.
- D. PEDRO. Bien, pues tiempo no perdamos;  
antes que mas se alborote  
la tierra...
- GARCER. ¿Yo tomo el trote  
para el rey?
- D. PEDRO. Y le salvamos.
- GARCER. ¿Y le diré?
- D. PEDRO. Que al momento  
se ponga en fuga.
- GARCER. Mas vos...
- D. PEDRO. Aqui me quedo, por Dios,  
leal á mi juramento.
- GARCER. ¿Y si el bando montañés  
descubre al fin vuestro nombre?
- D. PEDRO. Moriré aqui como un hombre  
navarro y agramontés.  
Eso dile al rey don Juan  
que aqui de atalaya estoy,  
y que de aqui no me voy  
si orden suya no me dan.

GARCER. Mas ved...

D. PEDRO.

Que soy caballero,  
que fé al rey he prometido,  
y de cambiar su partido  
pedazos me harán primero.  
Eso dile, y que si falta  
todo el reino á su corona  
suya es la hacienda y persona  
de don Pedro de Peralta.  
Garcerán, monta á caballo,  
toma (*Dale un bolsillo.*), y parte.

GARCER.

A Dios, señor.

D. PEDRO. Y acuérdate que es mejor  
ser muerto que mal vasallo.

## ESCENA II.

DON PEDRO. *Después MARGARITA y BEATRIZ.*

D. PEDRO. Prontas estarán mis gentes;  
y si llega Garcerán  
su intento no lograrán,  
vive Dios los insurgentes.

MARG. Él es.

D. PEDRO. Margarita mía.

MARG. Caro esposo,

D. PEDRO. Á tiempo vienes.

MARG. Pedro, ¿qué azar me previenes  
en esa faz tan sombría?

D. PEDRO. Al fin, decirlo es forzoso;  
Margarita, te oculté  
viniendo al campo el por qué  
con afán bien misterioso.  
Por evitar tu inquietud  
con engaño manifiesto,  
te dí siempre por pretexto  
la estacion ó la salud.

MARG. ¿Pues qué otra causa pudiera...

D. PEDRO. Muy sencilla y muy leal;  
yo sigo el bando real



y soy fiel á mi bandera.

MARG. Bien, Peralta.

D. PEDRO. A Barcelona

mandóme el rey espiar,  
y traje á aqueste lugar  
encargos de la corona.  
Árdua prision en secreto  
al venir me encomendó,  
y estoy á cumplirla yo  
por obligacion sujeto.  
Tu amor, bella Margarita,  
sin mí no se hallaba bien,  
y á fé, hermosa, que tambien  
te agradecí la visita.  
Mas ya la tormenta crece,  
y en motines rebelado  
se declara el principado  
contra el rey, segun parece.  
En tal punto es ya preciso  
que te vuelvas á Pamplona.

MARG. ¿Y tú?

D. PEDRO. Acecho á Barcelona

hasta posterior aviso.

MARG. ¿Con que yo me he de salvar  
mientras en peligro quedas?

No, mientras partir no puedas  
contigo me he de quedar.

D. PEDRO. Margarita, es escesivo

cariño; mi obligacion  
es quedarme.

MARG. En afliccion

contínua, Peralta, vivo.

Cuando mi amor no me quita  
el servicio de la ley,

mi amor me enagena el rey  
y ahí se queda Margarita.

En contínuo sobresalto  
dudo si mueres ó vives...

siempre desde el campo escribes  
que hay encuentro, ó que hay asalto.

Si hoy aguardo un mensajero,  
 mañana por impericia  
 me dan falsa una noticia  
 que ni me importa, ni espero.  
 Hoy nos partimos de aqui;  
 mañana vamos allá,  
 y la vida se me va,  
 Peralta, en temer por tí.  
 Tu amor busco y no le hallo;  
 que al darte amorosas quejas  
 suena un clarin y me dejas  
 por la lanza y el caballo.

D. PEDRO. ¡Oh! ponderas, Margarita,  
 la exigencia de la ley,  
 que me necesita el rey  
 si el amor me necesita.  
 Y entiéndelo al fin mejor,  
 que en estas rebeldes guerras  
 yo le defiende sus tierras  
 y él me defiende mi amor.  
 Entronizado el de Viana  
 por indolencia, ya ves  
 del partido agramontés  
 lo que sería mañana.

MARG. ¡Quién sabe! ese rey don Juan  
 que con empeño prolijo  
 persigue tanto á su hijo,  
 ¿premiará al cabo tu afán?

D. PEDRO. ¿Y qué importa si me olvida?  
 ¿obedecerle no es ley?  
 pues yo lidio por mi rey  
 mientras me dure la vida.

MARG. Padre que tanto se encona  
 con un hijo que se humilla,  
 olvidar no habrá en mancilla  
 á quien debe la corona.  
 Diz que el príncipe insolente  
 contra su vida atentó,  
 mas quien tal le levantó  
 traidor y villano miente.

D. PEDRO. ¿Qué te se alcanza, amor mio,  
de esas quimeras, á tí?  
Segura no estás aquí,  
y en que partas me confío.

MARG. ¿Cuándo?

D. PEDRO. Esta noche.

MARG. Quizá

obedecerte me pesa.

D. PEDRO. Margarita, esto interesa.

MARG. Pues tú lo quieres será.

D. PEDRO. Apronta pues tu equipage  
para dentro de una hora.  
Tú, Beatriz, vé al hórreo ahora  
y dile á Juan que se baje  
al puente con los caballos,  
que nós marchamos no noten  
y en el lugar se alboroten  
algunos malos vasallos.

BEATRIZ. Voy pues.

D. PEDRO. Id y despachad,  
que mucho la noche avanza  
y está toda mi esperanza  
en su densa oscuridad.

*(Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda don Carlos embozado.)*

### ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Hay mas desventuras hoy,  
pése á mi negra fortuna!  
Ciérranseme una por una  
las sendas que á seguir voy.  
Ni fin ni esperanzas hallo  
en suerte tan enemiga,  
cayó muerto de fatiga  
en el campo mi caballo.  
¡Y ahora cuando por suerte  
si dos leguas avanzara

acaso á evitar llegara  
mi desventura... ó mi muerte!  
¡Oh...! mas si Dios fue servido  
disponerlo de otro modo,  
Dios es el Señor de todo  
y razon le habrá movido.

(Viendo el crucifijo.)

Señor, sabeis que mis quejas  
en el afan de mis duelos  
dirigí siempre á los cielos  
de mi prision por las rejas.  
Las estrellas solitarias  
de cien noches, son testigos  
que oré por mis enemigos  
en mis humildes plegarias.  
Erré y enmendé mi error;  
agravié, mas satisface;  
cuanto pude, Señor, hice  
hasta en mengua de mi honor.  
Otorgué cuanto pidieron;  
cedí, me entregué en sus manos,  
y ellos entonces villanos  
con mas audacia me hirieron.  
Cuanto esperaba perdí...

(De rodillas.)

Señor, vuestra hechura soy;  
si hay mas desventuras hoy  
caigan si os contenta en mí.

#### ESCENA IV.

DON CARLOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. (Nuestro viaje está dispuesto;  
dentro de un hora partimos;  
si viajamos ó si huimos  
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?  
¿Allí de hinojos un hombre  
casi á la puerta de casa?)

D. CARL. (Viendo á Beatriz.)  
(Por favor diré á quien pasa

de este lugar me dé el nombre.)

Buena muger, perdonad ;

¿mas diréisme dónde estoy ?

BEATRIZ. ¡Brava cuestion por quien soy!

¿Forastero es?

D. CARL. Contestad.

¿Qué pueblo es este?

BEATRIZ. Me gusta

el modo de preguntar.

D. CARL. Ved si habeis de contestar,

ó id adelante.

BEATRIZ. (Qué adusta

condicion.) Es Vallirana.

D. CARL. ¿Dista Barcelona mucho?

BEATRIZ. ¿Vais allá?

D. CARL. Puede.

BEATRIZ. ¿Qué escucho?

No hagais tal; por el de Viana

se han alzado en rebelion,

y si sois de los del rey...

D. CARL. ¡Sí por cierto!

BEATRIZ. Pues no hay ley

que os liberte.

D. CARL. En conclusion,

¿cuánto dista Barcelona?

BEATRIZ. Tres horas.

D. CARL. Podeis decir

¿quién dé un caballo en que ir

hasta allá, si se le abona?

BEATRIZ. Yo conozco poca gente

de este pueblo.

D. CARL. Si quereis,

hoy enriquecer podeis

amigo, deudo ó pariente.

BEATRIZ. ¿Cómo?

D. CARL. Al que quiera un caballo

venderme en este lugar,

tanto oro le podré dar

que no sienta el ser vasallo.

BEATRIZ. ¡Oh! á mi señor no hace falta

el oro.

- D. CARL.                   ¿Luego servís?
- BEATRIZ.               Y á un buen amo.
- D. CARL.               (*Con prontitud.*) ¿A quién, decís?
- BEATRIZ.               A don Pedro de Peralta.
- D. CARL.               ¿Peralta! (*Con interes.*)
- BEATRIZ.               (Pero qué digo.)
- D. CARL.               ¿Agramontés?
- BEATRIZ.               Sí por Dios.
- D. CARL.               ¿Conde?
- BEATRIZ.               ¿Conocéisle vos?
- D. CARL.               Mucho que sí; soy su amigo.  
Mas callad.
- BEATRIZ.               ¿Ay! y á no ser  
porque con su amigo dí  
ya me iba á perder aquí  
por mi lengua de muger.
- D. CARL.               Mas bajo.
- BEATRIZ.               Teneis razon,  
que ahora bien se necesita  
prudencia.
- D. CARL.               ¿Está Margarita  
con él en esta ocasion?
- BEATRIZ.               Sí, mas antes de la aurora  
á Pamplona nos volvemos.
- D. CARL.               ¿Cómo?
- BEATRIZ.               Caballos tenemos  
para dentro de una hora.
- D. CARL.               ¿Gracias, fortuna!  
(*La coge por distracion la mano.*)
- BEATRIZ.               ¿Qué haceis?
- D. CARL.               Escuchad; si á Margarita  
dais aviso...
- BEATRIZ.               ¿Yo una citá?
- D. CARL.               Llamadla así si quereis,  
mas decidla...
- BEATRIZ.               No diré  
ni el Credo,
- D. CARL.               Ved que me va  
la vida aquí.

- BEATRIZ. No será.
- D. CARL. Pues un papel os daré.  
Enseñádsele por Dios  
y amparais á un desdichado.
- BEATRIZ. ¡Y quién sabe...!
- D. CARL. Si cuidado  
os da, leedle.
- BEATRIZ. Mas vos...
- D. CARL. Nada teneis que temer;  
el nombre que aqui va escrito  
no tiene mas que un delito.
- BEATRIZ. ¡Un delito!
- D. CARL. Sí, el nacer.
- BEATRIZ. ¿Pues quién sois?
- D. CARL. Nada os importa;  
mirad si el papel llevais,  
que en él la vida me dais.
- BEATRIZ. Vuestra esperanza es bien corta,  
mas dadme acá ese papel  
si es cierto lo que decís.
- D. CARL. Tomad.
- BEATRIZ. Pero si mentís  
Dios os maldiga por él.
- (Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.)

## ESCENA V.

DON CARLOS.

¡Oh! ¡gracias, Dios de bondad!  
que en vuestra mente infinita  
me habeis dado en Margarita  
acaso la eternidad.—  
No, no ha de ser tan villana  
ni tan infame conmigo  
quien fue consuelo y testigo  
de las cuitas de mi hermana.

(Pausa.)

Porque, ¿qué vale en verdad

mi humildad y mi silencio  
 si yo propio me sentencio  
 con mi llanto y mi humildad?  
 Huiré lejos, muy lejos;  
 déme quien pueda un caballo,  
 y acaben, rey ó vasallo,  
 pesares ya tan añejos.

ESCENA VI.

*DON PEDRO asoma al balcon que deja ver la luz con que se supone alumbrada la habitacion. DON CARLOS está de espaldas á él y casi debajo del Cristo que habrá en una esquina á la izquierda.*

D. PEDRO. (*Mirando hácia la derecha.*)

Nada.— Rumor no se siente  
 á través del aire manso:  
 ni sosiego ni descanso  
 por el rey con esa gente.  
 Dejan al amanecer  
 los rebeldes la ciudad,  
 pero les lleva en verdad  
 gran ventaja mi muger.  
 Los caballos son briosos,  
 extraviados los caminos,  
 y fieles los campesinos  
 de esos pueblos montañosos.  
 ¡Oh! sin azar llegarán;  
 y si al rey salvo igualmente,  
 por Dios que tranquilamente  
 los rebeldes me hallarán.  
 Mas veo en aquella esquina  
 un embozado en acecho...  
 y reza segun sospecho  
 ante la imagen divina.  
 La luz quitaré de aqui  
 porque la sombra me encubra,  
 no sea que me descubra  
 por espiarle, él á mí.

(*Queda el balcon á oscuras.*)



## ESCENA VII.

*Ábrese la puerta y sale MARGARITA con velo, quedando esta y BEATRIZ un momento en el umbral: DON PEDRO vuelve á ponerse en el balcon en cuanto quita la luz, y DON CARLOS vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de Margarita.*

- MARG. (*A Beatriz.*)  
¿Dices que me espera ahora?
- BEATRIZ. (*A Margarita.*)  
Al pie de aquel Cristo.
- MARG. Al punto  
vuelvo.
- BEATRIZ. Allí está.
- MARG. Y de este asunto  
á tu amo...
- BEATRIZ. Estoy, señora.  
Le diré que el equipage  
estais en vuestro aposento  
arreglando, y un momento  
retardaremos el viaje.
- D. PEDRO. (*En el balcon.*)  
Por Dios que abrieron la puerta  
y vi con la luz escasa  
salir alguien de mi casa.
- BEATRIZ. La puerta queda entreabierta;  
cuando volvais empujad,  
y entrareis sin hacer ruido.
- (*Beatriz cierra; Margarita se adelanta hácia don Carlos, y don Pedro hace un movimiento de atencion muy marcado.*)

## ESCENA VIII.

*DON PEDRO en el balcon. DON CARLOS y MARGARITA en la calle.*

D. PEDRO. (Por Cristo que estoy corrido:

- ¿no es mi muger? Sí en verdad.)  
**MARG.** ¡Mi señor...!
- D. CARL.** No me nombreis.
- MARG.** Las lágrimas á los ojos  
 siento al veros. ¡Siempre abrojos  
 bajo las plantas teneis!  
 ¿Qué es de vos?
- D. CARL.** Tan desdichado  
 como siempre.
- MARG.** ¿Y vuestra hermana?
- D. CARL.** Prision con ira inhumana  
 en un convento la han dado.
- MARG.** ¿Y en cuál?
- D. CARL.** Es la voz comun  
 que en Tolosa gime ahora.
- MARG.** ¡Infeliz!
- D. CARL.** ¿Y vos, señora,  
 qué os haceis? ¿me amais aun?
- MARG.** Mas que nunca cada dia.
- D. CARL.** Sabreis pues mis desventuras.
- MARG.** Por noticias muy seguras,  
 y las lamento á fé mia.
- D. CARL.** Acaso vos solamente  
 mi corazon conoceis.
- MARG.** Y acaso de mí podeis  
 fiaros ya únicamente.
- D. CARL.** ¿Cuál me han tratado!
- MARG.** Lo sé.  
 ¿Mas posareis mucho aqui?
- D. PEDRO.** (Les oigo hablar, pése á mí,  
 mas no les entiendo qué.)
- D. CARL.** Espero tan solo en vos  
 que esta noche me salveis.
- MARG.** ¿Oro, caballos quereis?  
 ¡nadie os seguirá por Dios!  
 Mas don Carlos, vuestra tez  
 estraño en lo macilenta.
- D. CARL.** Mi juventud me atormenta  
 cual pudiera la vejez.  
 Con el alma destrozada,

con el cuerpo dolorido,  
 me pesa el haber nacido  
 á vida tan desgraciada.  
 ¿Veis á la luz moribunda  
 de esa santa lamparilla  
 la palidez amarilla  
 que la mustia faz me inunda?  
 Pues lo que hacer no pudieron  
 las garras de las pasiones,  
 los hierros de las prisiones  
 y los pesares lo hicieron.  
 Lloráis; ¡pobre Margarita!  
 me amais y os doleis de mí;  
 pero Dios lo quiso así  
 en su justicia infinita.

MARG. Huid, señor.

D. CARL. Déjame hablar  
 un corto instante contigo,  
 que jamas tuve un amigo  
 con quien partir mi pesar.

MARG. ¡Ah! bien conmigo podeis  
 dividirle si eso os place,  
 que mas de veinte años hace  
 que aqui posesion teneis.

D. CARL. ¡Oh! y por escuchar tu acento,  
 por mirar un solo instante  
 la espresion de tu semblante  
 no hay dificil sufrimiento.  
 ¡Al verte, al oirte hablar  
 que aun soy feliz me parece,  
 mi ser se rejuvenece,  
 vuelvo la existencia á amar!  
 Que es tan dulce á un desdichado  
 recordar lo que pasó,  
 que vivo un instante yo  
 soñando con lo pasado.

MARG. *(Con entusiasmo.)*  
 ¡Ah! pues vivid y soñad  
 si os inspiro un blando sueño,  
 y ojalá pueda mi empeño

velaros la realidad.

D. CARL. ¡Cuán al vivo me recuerdas  
las venturas que me huyeron,  
Margarita! ¿Qué se hicieron  
aquellas noches... te acuerdas?

MARG. ¡Si me acuerdo! cuán hermosa  
estaba la infeliz Blanca.

D. CARL. Llanto de dolor me arranca  
esa memoria preciosa.  
La noche entera pasábamos  
en dulcísimos cariños.

MARG. Como que éramos tres niños  
y con afán nos amábamos.

D. CARL. Niños, sí, ¡cuán inocentes  
entonces, cuán descuidados!  
y despues ¡cuán desdichados!

MARG. Pero nunca diferentes  
de aquellos tiempos dichosos  
en que en brazos de la infancia  
no salian de una estancia  
nuestros planes ambiciosos.  
Siempre nos hemos querido  
como amorosos hermanos,  
por mas que amaños tiranos  
separarnos han podido.

¿Os acordais, no lo dudo,  
de aquella sangrienta tarde  
en que de un hombre cobarde  
vos me servísteis de escudo?

D. CARL. Eso es de mas, Margarita.

MARG. ¿Y habeis acaso olvidado  
que os anunció un embozado  
en Lérida mi visita?

D. CARL. ¡Oh!

MARG. A vos no haberme acudido  
y puesto á los pies del rey,  
bajo el peso de la ley  
sucumbiera mi marido.

D. CARL. No hay mas de aquello que hablar.

D. PEDRO. (De amores es la querella,

y por Dios Santo que de ella  
jamás lo llegué á pensar.)

MARG. La vida ambos os debemos,  
Perez de Peralta y yo.

D. CARL. ¿Habéiselo dicho?

MARG. No,  
mas al fin se lo diremos  
si á vuestra fortuna importa.

D. CARL. No, fuera menguado vicio  
valerse de un sacrificio  
que costó pena tan corta.  
Y es tan tenazmente adicto  
al partido agramontés  
que echarse en sus manos es  
muy peligroso á un proscrito.

MARG. Si es agramontés, es noble.

D. CARL. Por eso será leal,  
y en salvar la causa real  
será su conato doble.

MARG. Por mas que sea, señor,  
apegado á su partido,  
Perez con honra ha nacido  
y nunca será traidor.  
La vida le habeis salvado ;  
y aunque es para él un secreto,  
él os valdrá en este aprieto  
si no leal, obligado.

D. CARL. Cuán buena sois, Margarita,  
de gracia y virtud cuán llena.

MARG. No sé, por Dios, si soy buena,  
mas la injusticia me irrita.  
Os veo desde la cuna  
acechado y perseguido  
mas que por mal merecido  
por vuestra mala fortuna.

Yo la amiga fiel y sola  
fuí de Blanca vuestra hermana,  
y de olvidarla villana  
no hubiera sangre española.

D. CARL. ¡Oh! y para quien la ha proscrito

:

no tiene ella sobre sí  
mas que el parecerse á mí,  
que ese es su único delito.

MARG.

Vos fuisteis el protector  
de mi honor en la horfandad;  
conmigo en la soledad  
ella partió su dolor,  
y yo seré agradecida,  
señor, á tantos favores,  
si no cual sois acreedores,  
con honra, haciendas y vida.  
Enemigo es mi marido  
de vuestra gente, mas voy  
á arriesgar para vos hoy  
cuanto valgo.— Os he pedido  
me digais qué es lo que os falta.

D. CARL.

Mas mirad bien...

MARG.

¿Qué queréis?  
pedirme, que os salvareis  
aun contra el mismo Peralta.

D. CARL.

¡Angel de mi triste vida...

MARG.

Dejad plegarias agora,  
y hablad de vos, que ya es hora.

D. CARL.

Pues oid. Si á toda brida  
corriendo la noche entera  
y arriesgando mi persona  
con el alba en Barcelona  
acogerme al fin pudiera,  
salvárame de una vez  
de enemigos y traidores.

MARG.

De los caballos mejores  
de mi marido, escoged.—

D. CARL.

Mas Peralta...

MARG.

Antes sois vos,  
y si vos de esta tormenta  
os salvais, quedo contenta  
aun pagando por los dos.

D. CARL.

¡Margarita!

MARG.

Venid pues;  
oro os daré y un caballo

con un guía que vasallo  
de mis baronías es.

D. CARL. Del bien que ahora me haceis  
será mi memoria inmensa.

MARG. Una sola recompensa  
quiero por él que me deis.

D. CARL. Por mucho que sea, estoy  
en que es mayor mi desco.

MARG. Por si á Blanca mas no veo  
decidla lo que hice hoy.

*(Vanse don Carlos y Margarita por la derecha; don  
Pedro al verlos marchar dice:)*

D. PEDRO. Zeloso estoy, vive Dios,  
y avergonzado ademas.

*(Cierra el balcon y sale por la puerta diciendo:)*

La muerte llevan detras;  
sino es sueño ¡ay de los dos!

*(Vase detras de ellos.)*

#### ESCENA IX.

*Salen por el lado opuesto DON JUAN y NOGUERAS  
armados. DON JUAN con armadura completa y cala-  
da la visera. Ocho ó diez soldados detras.*

NOGUER. *(A don Juan.)*  
Dióle el caballo la vida,  
que iba veloz como el viento;  
yo le perdí en un momento  
aunque corrí á toda brida.

D. JUAN. *(Impaciente.)*  
Acabemos, vive Dios,  
y sin hablar del caballo,  
Nogueras, tan mal vasallo  
ha sido él hoy, como vos.

NOGUER. Es injusticia; ¿esas nieblas  
no veis? ¿qué mas pude hacer?

D. JUAN. Correr, Nogueras, correr  
hasta hallarle en las tinieblas.

NOGUER. Mas en noche tan oscura,

sin práctica en los caminos,  
 darle caza de los pinos  
 entre la áspera espesura,  
 era imposible.

D. JUAN. ¿Eso mas?  
 NOGUER. A dar un punto la cara  
 por Cristo que le matara.

D. JUAN. Hiciéraislo por detras.  
 NOGUER. ¡A traicion!

D. JUAN. ¿No era lo mismo?  
 NOGUER. Soy cristiano, y tengo honor.

D. JUAN. No reza con un traidor,  
 Nogueras, el catecismo.  
 Si es la voluntad del rey  
 que muera ó se dé á prision,  
 cara á cara ó á traicion  
 cumpliais vos con la ley.

NOGUER. *(Con intencion.)*  
 Perdonad si digo mal,  
 ¿mas tanta ira el rey tiene  
 que á cualquier medio se aviene  
 si vence?

D. JUAN. *(Despues de un instante de duda.)*  
 Todo es igual.

Con tal que muera en secreto  
 con visos de puro azar  
 (y quede el que pueda hablar  
 á eterna noche sujeto.)

NOGUER. Bien, pues dad que en mi arrebato  
 le alcanzo y le doy la muerte:  
 ¿qué hiciera el rey si por suerte  
 en su lugar á otro mato?

D. JUAN. Fuera rebelde tambien  
 y con justicia muriera.

NOGUER. ¿Y si rebelde no era?

D. JUAN. Bien, Nogueras, está bien.  
 No hay mas en ello que hablar;  
 pues que al fin de cualquier modo  
 se escapó, se acabó todo,  
 salgamos de este lugar.



NOGUER. ¿Así volveros quereis?  
 D. JUAN. Si no le habeis conocido  
 con la niebla, y él ha huido,  
 no sé qué remedio halleis.

## ESCENA X.

RANGEL saliendo apresurado se pone delante de DON  
 JUAN y NOGUERAS, como esperando que le  
 pregunten.

NOGUER. ¿Qué es?

RANGEL. ¿Si para hablar licencia  
 me dais?

D. JUAN. Adelante.

RANGEL. Ya  
 cogido el rebelde está.

NOGUER. ¿Con verdad?

RANGEL. Con evidencia.

El caballo que tomó  
 de vuestra caballeriza  
 ¿no era...

D. JUAN. Color de ceniza.

RANGEL. Cabos negros.

D. JUAN. Sí.

RANGEL. Pues yo  
 por la cerca del lugar  
 receloso gineteando  
 me le he topado espirando.

NOGUER. ¿Estais cierto?

RANGEL. A no dudar:

le hemos quitado la silla,  
 y de la falda escarlata  
 bordado está sobre plata  
 vuestro escudo en una orilla.

NOGUER. (A don Juan.)

(Él es pues.)

D. JUAN. (A Noguerras.) (Sin duda alguna.)

Mas segun la noche avanza  
 no le queda otra esperanza

- que la noche y su fortuna.
- NOGUER. Habrá dentro del lugar  
hallado algun escondite.
- D. JUAN. Pues es fuerza que se evite  
que se nos vuelva á escapar.  
Mas oye: ¿sabe quién es  
esta gente el perseguido?
- NOGUER. Ninguno.
- D. JUAN. ¿Y me ha conocido  
alguien?
- NOGUER. No.
- D. JUAN. Adelante pues.  
El pueblo en redor cerquemos,  
y que no quede por ver  
casa ó choza.
- NOGUER. Es menester  
que la caza no espantemos.  
Yo en silencio nuestra gente  
por do quiera apostaré,  
y ó Nogueras no seré  
ú os entrego al delincuente.
- D. JUAN. Vamos pues.
- NOGUER. Oye, Rangel,  
haz las calles espiar  
por peones, y si á dar  
llegan por suerte con él,  
ya que fugarse pretenda,  
ya que se esconda ó resista,  
el que le ponga la vista  
que le siga ó que le prenda.

*(Vanse don Juan y los soldados primero; Nogueras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.)*

## ESCENA XI.

*Interior de una casa pobre ; á la izquierda una alacena ó almarío. A la derecha un balconcillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.*

BRÍGIDA.

¡ Con qué cuidado me tiene  
mi Blas! — Tengo el corazon  
en un hilo. — Las diez son,  
válgame Dios, y no viene.

*(Asómase á la ventana.)*

Y esta noche cuántos ruidos  
que suenan por el lugar...  
y nada puedo alcanzar  
por mas que soy toda oídos.

Este diablo de ventana  
da nada mas que á un jardin,  
luego este barrio es el fin,  
lo peor de Vallirana. —

De manera que aunque se halle  
medio de oír ó atender,  
no puede una nunca ver  
lo que sucede en la calle.

Pero en la escalera siento  
pasos... ¡ ay! ¿ sí será Blas?

*(Llaman á la puerta.)*

Llamaron... *(Otra vez.)* de prisa estás.

Allá voy... *(Otra vez.)* voy al momento.

*(Abre, y entra Margarita azorada como salió en la escena octava.)*

¡ Dios mio!

## ESCENA XII.

MARGARITA. BRÍGIDA.

MARG.

Nada temais;

permitid que en vuestra casa  
me oculte.

- BRIGIDA.                   ¿ Pero qué pasa ?
- MARG.                   Y tomad.
- BRIGIDA.                   ¡ Oh ! ¿ qué me dais ?
- MARG.                   Nada, guardadlo.
- BRIGIDA.                   ¡ Dinero !
- MARG.                   Para vos.
- BRIGIDA.                   Imposible es.
- MARG.                   Lo dejo.
- BRIGIDA.                   Dejadlo pues.
- MARG.                   Mas salvarme es lo primero.
- BRIGIDA.                   Mas ¿ quién sois ? ¿ qué quereis vos ?
- MARG.                   Cerrad corriendo esa puerta.
- BRIGIDA.                   Acabad, me teneis muerta.
- MARG.                   Prestadme atencion por Dios.  
Dentro de un instante un hombre  
vendrá en mi busca quizá ;  
grueso, alto, cano, ¿ estais ?
- BRIGIDA.                   Ya.
- MARG.                   Aunque él mismo rey se nombre  
no le abrais.
- BRIGIDA.                   No le abriré.
- MARG.                   Mirad que me va la vida.
- BRIGIDA.                   (Ella está tan aturdida  
que da compasion á fé.)
- MARG.                   Mas tened cuenta y por Dios  
que no los equivoqueis.
- BRIGIDA.                   ¿ Cómo !
- MARG.                   Que entrar le dejeis.
- BRIGIDA.                   ¿ Al viejo ?
- MARG.                   No.
- BRIGIDA.                   ¿ Pues son dos ?
- MARG.                   ¿ No dije...
- BRIGIDA.                   De uno no mas.
- MARG.                   Pues escuchad con cuidado,  
tal vez vendrá otro embozado.
- BRIGIDA.                   ¿ Delante de ese ó detras ?
- MARG.                   Delante ó detras, no sé,  
mas al mancebo es preciso

- que deis al punto un aviso.
- BRIGIDA. ¿Y qué aviso?
- MARG. Os le diré.  
Que aquel de quien he huido,  
aquel con quien él reñía,  
que huya de él.
- BRIGIDA. ¡Qué algaravía!
- MARG. Que huya, sí, que es mi marido.
- BRIGIDA. (Pues estamos bien, y yo  
que...
- MARG. ¿Lllaman? no abrais sin ver  
dónde me puedo esconder.  
(*Lllaman con fuerza muchas veces.*)
- BRIGIDA. Tirará la puerta.
- MARG. Aun no.  
Aguardaos un instante.  
(*Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.*)  
Cerradme en esta alacena.  
Traed la mesa. (*La pone delante.*)  
Estad serena.
- BRIGIDA. (¡Habrà enredo semejante!)  
Y si viniera mi Blas  
entre tanta confusion...
- (*Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra don Carlos embozado.*)  
¿Quién...? pues se entra de rondon.  
(*Mirándole.*)  
¿Será el de alante ó de atras?

## ESCENA XIII.

MARGARITA, oculta. BRÍGIDA. DON CARLOS.

- D. CARL. Decidme, buena muger,  
¿no habeis abierto la puerta  
á una dama?
- BRIGIDA. (*Mirándole todavía.*) (¿Y quién acierta  
cuál de los dos puede ser?)
- D. CARL. Acabad por vuestra vida.

¿Dónde está?

BRIGIDA.

¿Quién?

D. CARL.

Esa dama.

BRIGIDA.

¿Qué dama? ¿cómo se llama?

D. CARL.

No hagais la desentendida,  
porque yo la he visto entrar.

BRIGIDA.

Serian vuestros recelos.

D. CARL.

Apartad, viven los cielos,  
que yo la entraré á buscar.

*(Don Carlos entra por la izquierda, cáesele el embozo, y Brigida, que no ha cesado de mirarle, dice:)*

BRIGIDA.

¡ Ah! es el mozo.

#### ESCENA XIV.

*Cuando todavía le está mirando, y apenas se ha ocultado DON CARLOS de la vista del público, entra por la puerta, que aun tendrá abierta BRIGIDA, DON PEDRO, que la dice de repente:*

D. PEDRO.

Vive Dios

que aquí una muger ha entrado,  
y despues un embozado:  
decid dónde estan los dos.

BRIGIDA.

(¡ Dios mio!) Señor...

D. PEDRO.

Por Cristo

que si niega...

BRIGIDA.

Si en mi casa...

D. PEDRO.

Yo sé lo que en ella pasa.

BRIGIDA.

Nadie entró.

D. PEDRO.

Yo les he visto.

BRIGIDA.

Señor...

D. PEDRO.

Despache.

BRIGIDA.

Si aquí...

D. PEDRO.

Yo por Dios los buscaré,  
y si los hallo, yo haré  
que no os olvidéis de mí.

*(Vase á entrar don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.)*

D. CARL. (Maldita mi estrella impía,  
mi suerte está en manos de ella,  
y pierdo necio su huella  
cuando mas falta me hacia.)

D. PEDRO. (Él es.)

D. CARL. (¡Mas qué veo, cielos!)

D. PEDRO. ¡Caballero!

D. CARL. ¿Qué queréis?

D. PEDRO. De esta casa no saldreis.

D. CARL. ¿Quién lo estorbará?

D. PEDRO. Mis zelos.

¿Qué hicísteis de mi muger?

D. CARL. ¿Y es á mí á quien la pedís?

D. PEDRO. Con vos vino.

D. CARL. No.

D. PEDRO. Mentís;

y me la habeis de volver,  
ó por Dios que os acuchillo.

D. CARL. (¡Habrà desdicha mayor!)

D. PEDRO. Decid, ó á vuestro valor  
apelad.

D. CARL. Es mas sencillo. (*Riñen.*)

(Si no hay medio mas seguro  
de huir que matar á este hombre,  
nada al fin hay que me asombre,  
mi mala fortuna apuro.)

BRIGIDA. ¿Y qué va á ser hoy de mí?

¡Cielos, socorro, socorro!  
todo á alborotarlo corro.

D. CARL. (Mi suerte se cumple aqui.)

## ESCENA XV.

DICHOS. RANGEL.

RANGEL. (No me engañé; él es; el mismo:  
aqui mi astucia me valga.)

(*Se pone de parte de don Carlos.*)

¿Qué es aquesto, gente hidalga?

D. CARL. Quitad.

RANGEL. Eso es heroísmo.  
Soy con vos. (*A don Pedro poniéndose de su parte.*)

D. PEDRO. Quitad tambien.

RANGEL. Pues que reñís uno á uno  
yo he de reñir por alguno,  
y he de dar adonde den.

BRIGIDA. (*Dentro.*) Entren aqui.

RANGEL. (*Cayendo.*) Muerto soy.

D. CARL. ¿La justicia y ya hay un muerto...?

¿Ese balcon no da á un huerto?

Sí.

(*Don Carlos gana el balconcillo, salta por él con la mayor rapidez posible, y don Pedro colérico dice:*)

D. PEDRO. ¡Cobarde...! Tras él voy.

(*Vase tras él.*)

### ESCENA XVI.

MARGARITA en la alacena. RANGEL tendido. BRIGIDA. EL ALCALDE. JUSTICIA y GENTE.

BRIGIDA. Esta es, señores, mi casa,  
y no sé por qué pecado  
tanta gente en ella ha entrado,  
duende ó diablo...

ALCALDE. ¿Mas qué pasa?

BRIGIDA. (*Viendo á Rangel.*)

¡Ay! ¡Dios de mi corazon!

¡Mirad!

UNO. Un hombre caido.

OTRO. Muerto está.

UNO. No mas que herido.

ALCALDE. A ver, daos á prision. (*A Brigida.*)

BRIGIDA. Pero, señor...

ALCALDE. O decid

quién aqui mató á ese hombre.

BRIGIDA. Si jamas supe su nombre.

ALCALDE. Pues á la cárcel venid.



BRIGIDA. Esperad, que yo os diré  
lo que sépa. Ha poco rato  
que entró con mucho recato  
aquí una muger.

ALCALDE. Dad fé.

BRIGIDA. Al verla de miedo llena,  
que apenas hablar podía  
porque un hombre la seguía,  
la metí en esa alacena.

ALCALDE. Véamosla pues.

*(Bájanse todos hácia la parte del teatro en que  
está la alacena, dejando espedito el paso de la  
puerta.)*

### ESCENA XVII.

DICHOS. MARGARITA.

MARG. ¡Teneos!

ALCALDE. ¡Y con la cara tapada!  
Descúbrase la taimada.

MARG. De mi desdicha doleos.

ALCALDE. Fuera el velo.

MARG. Por piedad,  
que os compadezca mi llanto.

ALCALDE. Mostrad, ú os arranco el manto  
sin...

MARG. Villano, no en verdad.

Si llega á poner en mí  
la mano algun atrevido,  
cuéntese de muerte herido.

ALCALDE. ¿Amagais?

MARG. De muerte, sí.

ALCALDE. Yo sé que manda la ley...

MARG. Tenga quien la ley auxilia  
cuenta con una familia  
que es tan noble como el rey.

ALCALDE. ¿Qué hacemos?

*(El alcalde se vuelve á los demas, que se encogen de  
hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre  
tanto llega don Pedro hasta donde estan.)*

## ESCENA XVIII.

DICHOS. DON PEDRO.

D. PEDRO.

(Pues que él halló

camino en la oscuridad,  
 ella pagará en verdad  
 lo que el galán no pagó.)

(Se muestra al alcalde.)

¿Me conoce? ¡Calle pues!  
 Mirando á su buena fama  
 y al secreto, de esta dama  
 mi casa la cárcel es.

Yo daré al juez mis razones,  
 y porque bien todos queden  
 llegarse á mi casa pueden  
 á tomar declaraciones.

(Ofrece el brazo á Margarita con severidad, y ella  
 le toma.)

MARG. Valedme, santos del cielo.

D. PEDRO. Hidalgos, que os guarde Dios.

(Vanse don Pedro y Margarita.)

## ESCENA XIX.

EL ALCALDE. EL ESCRIBANO y los demas al rededor de  
 RANGEL; le levantan, le desabrochan &c.

ALCALDE. Uno queda de los dos,  
 acudamos al del suelo.

UNO. Está sin herida alguna.

OTRO. Mirarle bien la cabeza.

OTRO. Callad, que á volver empieza.

EL 1.<sup>o</sup> ¡Tambien ha sido fortuna!

## ESCENA XX.

DICHOS. DON JUAN. NOGUERAS, y gente de armas.

- D. JUAN. (*A Nogueras.*)  
¿Con que le hallaron?
- NOGUER. Rangel  
le ha seguido hasta esta casa.
- D. JUAN. Veamos pues lo que pasa,  
y si no ha dado con él  
le empalo.
- NOGUER. Mas héle ahí.
- D. JUAN. (*Se acerca á Rangel, y asiéndole de un  
brazo le dice como de superior á inferior:*)  
¿Qué es ello?
- RANGEL. (*Levantándose y dejando de disimular.*)  
¿Señor, sois vos!
- D. JUAN. ¿Diste con él?
- RANGEL. Con él dí.  
¿Cercáisteis el pueblo?
- D. JUAN. Sí.
- RANGEL. Pues ya es nuestro, vive Dios.  
(*Van á salir, y el alcalde se pone por delante.*)
- ALCALDE. En nombre, hidalgos, del rey  
se tengan.
- NOGUER. Atras.
- D. JUAN. Salgamos.
- RANGEL. (*Encasqueta al alcalde el sombrero hasta  
los ojos de una palmada, diciéndole con mofa:*)  
Donde nosotros estamos  
nosotros somos la ley.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

---

*Salon en casa de don Pedro de Peralta. Puerta en el fondo que da al interior y exterior de la casa. A la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitacion de don Pedro: una ventana con reja; mesa, sillones &c. &c. Luz artificial.*

### ESCENA PRIMERA.

*En el momento de alzarse el telon está BEATRIZ cerrando la puerta del fondo por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hácia el gabinete de MARGARITA.*

BEATRIZ. **M**ucho mi señora tarda;  
Dios me la saque con bien,  
que si en el pueblo la ven  
y soplan, buena la aguarda.  
Voy por ahorrar detencion  
á completar su equipage;  
porque á fé que nuestro viaje  
quiere priesa y precaucion.

*(Entra en el gabinete quedando sola la escena por un corto instante, despues del cual aparecen don Pedro y Margarita del brazo; ella con velo y él embozado como salieron de la escena en el acto primero.)*

### ESCENA II.

DON PEDRO. MARGARITA.

D. PED. Bien, señora, muy bien por vida mia;  
¿son estos los cuidados de una dama

por un hidalgo á quien la luz del dia  
es menos cara que su limpia fama?

¿Esto es honra, es amor, es hidalguía?

Decidme, si acertais, ¿cómo se llama  
la que vende su fé y amor primero  
por el amor de un torpe aventurero?

¿Dó vais en medio de la noche oscura  
despues de oculta y amorosa cita,  
mientras el esposo de la amante inspira  
vuestra fortuna y salvacion medita?

¿Los rebeldes temiendo por ventura  
me iban á hacer la guardia, Margarita,  
en avanzado puesto centinela  
que vende á su señor mientras le vela?

¿Ira de Dios! Si noble no mirara  
que sois una muger, un ruin gusano,  
un reptil á quien necio acariciara  
mientras cobarde me mordió la mano,  
si de quien soy un punto me olvidara  
y ser pudiera cuanto vos villano,  
¿vuestra traidora liviandad no alcanza  
la violenta esplosion de mi venganza?

Mas concluyamos de una vez, señora;  
esta noche saldreis de Vallirana  
bien guardada por gente que aun ignora  
cuanto teneis de ingrata y de liviana.  
Vuestro equipage disponded ahora,  
que en un convento dormireis mañana;  
de mí no os acordeis en adelante,  
y estad pronta á partir... vuelvo al instante.

*(Vase por la puerta del fondo, cerrando por fuera.)*

### ESCENA III.

MARGARITA.

¡Habrá apuro mayor...! y si entre tanto  
sin mas amparo que mi pobre empeño  
le apresan por rebelde... Cielo santo,  
lo estoy palpando y me parece sueño.

¿Cómo tan presto nuestra cita supo  
Peralta...? ¿Desde cuándo así me espía?  
Tanta desdicha en él tan solo cupo  
si es que no lo hizo la torpeza mía.

(*Mirando por todas partes.*)

¿Si encontrara una puerta, una ventana!  
¿si hubiese quien le diera algún aviso!  
Si no parte, que al fin caiga mañana  
en manos de unos ú otros, es preciso.

¿Imposible! ¿esta reja, este aposento  
cerrados...! ¿oh! y creerá que le abandono;  
y si el secreto revelar intento  
á mi marido, ¿cuál será su encono!

¿Enemigo y rebelde...! No, Dios mio,  
á salvarle, Señor, prestadme ayuda;  
mas siento pasos... en la suerte fio  
y espero mi ocasion atenta y muda.

(*Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar á  
Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito  
de alegría yendo para ella.*)

#### ESCENA IV.

MARGARITA. BEATRIZ.

MARG. ¿Gracias, Dios mio!

BEATRIZ. Señora,

¿qué teneis? ¿qué ha sucedido?

MARG. Nada, Beatriz; te ha traído  
sin duda un angel ahora.

BEATRIZ. ¿Pero qué pasa? ¿qué es esto?

MARG. Perez...

BEATRIZ. (*Interrumpiéndola, y ambas con mucho afán  
en lo restante.*)

Con el otro dió.

MARG. Y en la sombra nos siguió.

BEATRIZ. ¿Y os encontró?

MARG. Por supuesto.

Yo al lejos le conocí;  
trabóse en la calle un duelo,

llegó gente, me eché el velo,  
salí del tropel, y huí.  
Siguióme astuto el doncel;  
una muger me escondió,  
mas mi marido llegó  
á poco tiempo tras él.

BEATRIZ. ¿Y riñeron?

MARG. Sí por Dios;  
mas el ruido dió noticia  
del caso: fue la justicia...

BEATRIZ. ¿Y se salvaron?

MARG. Los dos.

Con el temor, con el ruido  
yo no vi por dónde huyeron,  
pero á mí me descubrieron  
y al fin dí con mi marido.

BEATRIZ. ¡Santa Polonia nos valga!

MARG. Ahora, Beatriz, es preciso  
que yo dé á ese hombre un aviso,  
y de este aposento salga.

BEATRIZ. Pero señora...

MARG. ¿Qué hay pues?

BEATRIZ. ¿Y otra vez quereis salir?

MARG. A salvarle ó á morir.

BEATRIZ. ¡A morir! ¿tanto interes  
os tomáis en su afliccion?

MARG. Porque él su vida salvara  
que me robasen dejara  
cuanta hay en mi corazon.

BEATRIZ. Señora, estoy aturdida.—  
Seis años há que en la casa  
estoy, y lo que hoy nos pasa  
no se me ocurrió en mi vida.

¡Una pasion tan violenta  
guardábais tan en secreto  
que yo jamas vi el objeto!

MARG. Tenga con lo que habla cuenta;  
¿quién la dice que un galan  
sea y no un desventurado?

BEATRIZ. ¿Cuándo un infeliz ha dado

- á una muger tanto afan?
- MARG. Pues que se salve es forzoso,  
sea quien quiera.
- BEATRIZ. Vedlo vos.
- MARG. (*Viendo las llaves que tiene Beatriz á la cintura.*)  
¿Tienes llaves?
- BEATRIZ. Tengo dos.
- MARG. ¿Son?
- BEATRIZ. De ahí una. (*De la puerta del fondo.*)
- MARG. ¡Dios piadoso!  
Pronto, Beatriz, este manto  
ponte.  
(*Margarita la pone de grado ó por fuerza el guardapiés negro y la ata por la cintura su manto, cuya operacion dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.*)
- BEATRIZ. ¡Yo!
- MARG. Y esta basquiña.
- BEATRIZ. ¿Y el amo?
- MARG. Antes de la riña  
volveré yo.
- BEATRIZ. ¡Cielo santo!  
Va al punto...
- MARG. Déjale, y calla  
por mucho que te amenace.
- BEATRIZ. ¿Con que yo soy quien fuego hace  
y vos ganais la batalla?
- MARG. Por mas que venga furioso...
- BEATRIZ. ¡Santo Cristo de la Vega...!
- MARG. Tú calla siempre, y si llega  
el caso á mas, con brioso  
acento, y nada te asombre,  
dile que te vengarás,  
acusándole ademas  
de la muerte de aquel hombre.
- BEATRIZ. Mas...
- MARG. Silencio; trae la llave.
- BEATRIZ. ¿Con que yo sin culpa alguna...
- MARG. Es un golpe de fortuna.



BEATRIZ. ¿Mas hay razon...

MARG.

¡Dios lo sabe!

(*En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta, ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz sale por fuera.— Beatriz vuelve despues al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillón, quedando sobre poco mas ó menos como quedaba Margarita cuando salió don Pedro de la segunda escena.*)

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Se dará suerte mas perra!  
 ¡con que por salvarse mi ama  
 sin atender á mi fama  
 á mí en su lugar me encierra!  
 ¿Y qué se dirá de mí  
 cuando sepan que me salgo  
 de noche con un hidalgo?  
 ¡Y al cabo si fuera así!  
 pase... ¡pero que al estar  
 arreglando el aposento  
 sin maldito del intento  
 de ver ni de gulusmear,  
 culpada he de parecer  
 tan solo por la torpeza  
 de ir á asomar la cabeza  
 cuando no era menester!  
 ¡Y ella! ¡mi ama...! ¡habrá valor!  
 tras tanta gazmoñería  
 á su marido vendía.  
 ¡Dios le ayude al buen señor!  
 ¡Mas suben...! él es quizás...  
 ¡me cubro! ¡enemiga estrella!  
 es muger, y haré por ella  
 lo que pueda... nada mas.

## ESCENA VI.

*BEATRIZ. DON PEDRO.*

D. PEDRO. Ya los caballos estan preparándose en la oscura noche, y con planta segura al convento os llevarán.

¿Qué decís? ¿no hallais, señora, una disculpa que darne?

¿ó aun mas quereis ultrajarme con vuestro silencio ahora?

¡Está bien! ¡muy bien por Dios! si os empeñais en callar al fin tendré yo que hablar la última vez por los dos.

Yo os amaba, Margarita, mas que á la luz de mis ojos; dí siempre á vuestros antojos una importancia infinita.

No hubo fiesta ni torneo en que por veros contenta galan no tuviera en cuenta vuestro mugeril deseo.

No hubo una lengua atrevida que á vuestra conducta osara, que al punto no me pagara la insolencia con la vida.

No hubo juglar ni cantor con cuyos cuentos holgarais, cuyos cuentos no gozarais del invierno en el rigor.

Constante en vuestro cariño, á vuestro amor bien leal, siempre os traté por mi mal como á un caprichoso niño.

Vuestro antojo era mi ley, vuestra inclinacion mi guia; en mayor cuenta os tenia que á mi patria y á mi rey.

Por vos tenaz cortesano  
 aglomeré en mis blasones  
 honores y distinciones  
 que hoy estima el mundo vano.

Por vos á la lid bajé;  
 y vencido ó respetado,  
 por daros marido honrado  
 de continuo me afané.

Con vuestra escasa nobleza  
 enamoróme, señora,  
 vuestra beldad seductora  
 casi hundida en la pobreza.

Que bien sabéis que en su corte  
 una princesa os tenia,  
 mas que por vuestra hidalguía  
 por vuestra virtud y porte.

¡Y al cabo esposa liviana  
 mintiendo virtud y amor  
 habeis hecho de mi honor  
 mercadería villana!

¿Qué hicisteis del corazón  
 de que yo presente os hice?

BEATRIZ. (Pues si es verdad lo que dice  
 á fé que tiene razon.)

D. PEDRO. ¿En callar os ostinais?  
 ¿es decir que vuestra culpa  
 no puede tener disculpa,  
 ó arrepentida no estais?

¿Es decir que pues carezco  
 de buena ó mala respuesta,  
 ó no la teneis dispuesta,  
 ó de vos no la merezco?

¿Es decir que á mí orgullosa  
 con vuestro crimen estais,  
 y que á vuestro encierro vais  
 muger vil, é ingrata esposa?

¡Muerte aqui mismo no os doy  
 en un arrebató insano,  
 porque me tiene la mano  
 ver quién sois, y ver quién soy.

(*Beatriz hace un movimiento de temor.*)

¡Temeis! ¡recatais la cara  
de ese velo en la doblez!

teneis razon; si otra vez  
le mostrarais, ¡os matara!

Vedla, sí, que tan bella  
como es por mi desventura,  
no viera mas que impostura,  
infamia y vergüenza en ella.

Venid, señora, conmigo:

(*Beatriz permanece inmóvil.*)

¿qué haceis? ¿me insultais de intento?

BEATRIZ. (Ahora me lleva al convento.  
Yo canto.)

D. PEDRO. ¿Oís lo que os digo?

BEATRIZ. Señor...

D. PEDRO. Seguidme y callad,  
que en el dolor con que lucho...

(*Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos  
á la puerta se oye por dentro la voz de Margari-  
ta. Don Pedro suelta á Beatriz al oirla y abre.*)

MARG. (*Dentro.*)  
Peralta.

D. PEDRO. ¡Cielos, qué escucho!

MARG. (*Dentro.*)

¡Peralta!

D. PEDRO. (*Abriendo.*)

¡Es ella en verdad!

## ESCENA VII.

DON PEDRO. MARGARITA. BEATRIZ.

BEATRIZ. (Gracias á Dios que respiro.)

MARG. (*A don Pedro.*)

Bajárasme á despedir,

que ya es hora de partir

á Pamplona... ¡Mas qué miro!

¡Una muger! por mi vida,

Perez, que á haberme pensado

que estabais tan ocupado  
me ahorrara la despedida.  
¡Para partirme á Pamplona  
es aquesta la razon!  
¡Es esta la rebelion  
que ha estallado en Barcelona!

D. PEDRO. (*Confuso.*)

Si estoy soñando no acierto.  
Respondedme, Margarita,  
¿no habeis salido á una cita?  
¿no...

MARG. ¿Me insultais?

D. PEDRO. No por cierto.

Es un misterio espantoso,  
una fatal realidad.

(*Con afan.*)

¿No habeis hablado en verdad  
con un galan misterioso?  
¿no entrásteis en una casa  
donde ocurrió una pendencia,  
donde entró...

MARG. Tanta insolencia  
de raya, Peralta, pasa.

¿Eso á mí me preguntais  
con tan torpe atrevimiento,  
y solo en este aposento  
con esa muger estais?

¿Mal hidalgo y mal marido  
me ibais villano á engañar,  
y aun me quereis achacar  
lo que habeis vos cometido?

¿A mí cuentas me pedís  
de vuestros locos amores?

¿Y han sido vuestros mayores  
de noble raza? — Mentís.

Aborto de ajenas faltas,  
por un error ó un descuido  
habeis, don Pedro, nacido  
en casa de los Peraltas.

D. PEDRO. ¡Margarita! Vive Dios

que si otro tal me dijera  
aquí pedazos le hiciera,  
y... agradecedmelo vos.

MARG. ¡Cómo!

D. PEDRO. (*A Beatriz.*)

De dudas salgamos.

¿Quién sois? descubrios... presto;

pues vos sois la causa de esto,

qué es aquesto os preguntamos.

Esta muger es mi esposa,

dadla de esto una razon,

sacadnos en conclusion

de esta duda escandalosa.

MARG. (*A Beatriz que, aunque dudosa, va á alzarse el velo.*)

Teneos, no os descubrais;

ya entiendo vuestras marañas;

unas facciones estrañas

sin duda á mostrarme vais;

no las podré conocer,

y vos vais á concluir,

buen Peralta, con decir

“no conozco á esta muger.”

No, bien está como está,

de ambos satisfecha quedo.

BEATRIZ. (*¡Válgame Dios y qué enredo de golpe ensartando va!*)

D. PEDRO. (*A Beatriz.*)

Señora...

BEATRIZ. (*Este es otro apuro.*)

D. PEDRO. El rostro una vez mostrad,

y por Cristo atestiguad

que no os conozco, (*A Margarita.*)

¡os lo juro!

MARG. Eso mas, viven los cielos,

hombre imbécil, que por Dios

que siento ahora hácia vos

desprecio y mengua, no zelos.

BEATRIZ. (*Salgamos pronto de aquí*

antes que el diablo la enrede.)

*(Fingiendo un poco la voz, pero sin que toque en el ridículo, á don Pedro.)*

Vuesa merced con Dios quede.

D. PEDRO. ¿Así os vais, señora?

BEATRIZ. Sí.

Sin culpa en aquella muerte,  
pues sois vos quien le mató,  
libre de pena estoy yo  
si bien su merced lo advierte.  
Pues parte no tengo alguna  
en vuestro fatal error,  
dejadme salir, señor,  
y válgame mi fortuna.

D. PEDRO. Mas sola...

BEATRIZ. Soy española,  
casa tengo, y pues salir  
sola me han visto, he de ir  
á mi casa otra vez sola.

D. PEDRO. Pero...

BEATRIZ. Dejadme.

D. PEDRO. ¿Y no habeis  
de decir...

BEATRIZ. Es mi secreto.

MARG. (No salió mal del aprieto.)

Mejor es que la dejéis,  
que pues ya de cualquier modo  
compostura haber no puede,  
que se vaya ó que se quede  
es igual para mí todo.

*(Coge Margarita á Beatriz, y llevándola á la puerta la dice en voz alta.)*

Id, y si en mi casa os hallo  
preparaos á morir.

*(Al oído.)* (Vé á Juan corriendo á decir  
que me ensille otro caballo.)

*(Cierra la puerta con impetu, y vuelve á la escena.)*

## ESCENA VIII.

MARGARITA. DON PEDRO.

- D. PEDRO. (Por Dios que me desatinan aventuras tan estrañas.)
- MARG. (Si no le salvan mis mañas esta noche le asesinan.)  
Pedro Perez de Peralta,  
escuchadme atentamente,  
y lo que voy á deciros  
tened en memoria siempre.
- D. PEDRO. Concluyamos, Margarita.
- MARG. Tenga la lengua si puede,  
y escuche atento una vez.
- D. PEDRO. Pues no hay remedio, sed breve;  
(*Se deja caer en un sillón.*)  
mas no olvideis que os escucho,  
aunque sentado, impaciente.
- MARG. Sabeis que en hidalga cuna  
nací, y por ello me deben  
sino amor, quien no lo tenga,  
respeto: ¿quién se me atreve?
- D. PEDRO. ¡Señora...!
- MARG. Por vos lo digo,  
que torpe está noche, Perez,  
manchado habeis vuestros timbres  
de leal y de valiente.
- D. PEDRO. Mirad...
- MARG. ¿No sabes, Peralta,  
que el honor de las mugeres  
es un castillo cerrado  
que sus maridos defienden?
- D. PEDRO. Pero...
- MARG. ¿Y no sabes, Peralta,  
que el necio que desguarnece  
de este alcázar las troneras  
sus puertas abre y le vende?
- D. PEDRO. Pero...



MARG.                   ¿Y no sabes, Peralta,  
que al casarnos, mutuamente  
á tí te dijeron: — ¡guárdala!  
y á mí: — quien te guarde tienes?

D. PEDRO. Pero...

MARG.                   ¿Y no sabes, Peralta,  
que el que á su muger ofende  
no es leon que la custodia,  
sino monstruo que la muerde?

D. PEDRO. Pero...

MARG.                   ¿Y no sabes, Peralta,  
que nunca amorosas pueden  
dividir un mismo lecho  
la paloma y la serpiente?

D. PEDRO. Pero...

MARG.                   ¿Y no sabes, Peralta,  
que está Margarita Tellez  
muy mal entre su honra limpia  
y los amores de Perez?

D. PEDRO. Pero...

MARG.                   Y no sabes, Peralta...

D. PEDRO. Pero...

MARG.                   ¡Calla!

D. PEDRO.                   ¡Escucha!

MARG.                   ¡Tente!

que pues no eres, vive Dios,  
ni el que su alcázar guarnece,  
ni el noble leon que vela,  
sino quien su alcázar vende  
y el necio que su honra escupe  
y la serpiente que muerde,  
yo me voy á mi convento  
despues de invocar las leyes. —  
Beatriz.

D. PEDRO. (*Entre confuso y cólerico.*)

(Dios de justicia,  
¿qué infernal misterio es este  
que cuanto mas le sondeo  
menos mi afan le comprende?)

## ESCENA IX.

*DON PEDRO, sentado en siniestra meditacion. — BEATRIZ. MARGARITA.*

BEATRIZ. ¿Qué mandais?

MARG. Dobles caballos  
apronten y doble gente,  
que todos juntos partimos.

BEATRIZ. ¿Todos?

MARG. A la corte.

BEATRIZ. Puede.

MARG. Calle y váyase la necia.  
(¡Ay de tí si me obedeces!)

## ESCENA X.

*DON PEDRO. MARGARITA.*

MARG. Peralta, vuestro equipage  
disponed cuando quisierais;  
esta noche partiremos  
á ver al rey juntamente,  
y... ahoguemos uno del otro  
las memorias para siempre.

*(Entra en su gabinete con señales marcadas de indignacion, y dice abriendo la puerta:)*

Esto es dar al tiempo, tiempo,  
y el que tiene tiempo, tiene.

## ESCENA XI.

*DON PEDRO.*

¡No lo entiendo, por Dios! ¿con que no era ella?  
¿mas yo no los seguí? ¡Oh! estoy seguro  
que no perdí ni equivoqué la huella  
por ruin crucero ó callejon oscuro.  
Dos veces se ocultó; dos á encontralle

volví, y tras dél veloz gané la casa  
y el mismo hallé con quien reñí en la calle  
de las estrellas á la luz escasa.

Alli estaba tambien ella escondida;  
no alcanzo en qué lugar del aposento,  
mas oíla al subir, y por mi vida  
que era su voz y conocí su acento.

La así del brazo, la arrastré conmigo,  
vine, subimos, la dejé cerrada,  
no hice mas que bajar hasta el postigo,  
y al volver, no era ella la tapada.

Viéndolo estoy y dudo si lo veo;  
¡no atino ¡vive Dios! si estoy soñando...!

¡Ah! no que dudo, que deliro creo,  
pues no comprendo lo que estoy palpando.

Mas yo daré con el misterio infame;  
y si á encontrar con quien me burla llego,  
aunque al infierno en su socorro llame  
ni la amenaza le valdrá ni el ruego.

(Llamando.)

¡Beatriz!

## ESCENA XII.

DON PEDRO. BEATRIZ.

BEATRIZ. ¿Qué mandais, señor?

D. PEDRO. Ven acá y cierra esa puerta.

BEATRIZ. (Todo lo sabe, estoy muerta.)

D. PEDRO. Respóndeme; y por mi honor  
que si ocultas la verdad  
en lo que á exigirte voy,  
Beatriz, á empezar vas hoy  
tu viaje á la eternidad.  
¿Esta noche Margarita  
no salió?

BEATRIZ. Yo no la vi.

D. PEDRO. ¿Pues por quién si no por tí  
pudieron darla la cita?

BEATRIZ. ¿Pero qué cita, señor,

- que de lo que habláis no sé?
- D. PEDRO. ¿Te burlas, Beatriz?
- BEATRIZ. No á fé.  
(Trémula estoy de pavor.)
- D. PEDRO. No hay mas que los tres en casa,  
de ella salió una muger;  
ó tú ó ella habeis de ser,  
y de entre las dos no pasa.  
Si tú no abriste la puerta  
has de saber quién la abrió;  
quién fue confiesa, ó de no  
cuéntate, Beatriz, por muerta.
- BEATRIZ. Pero ved, señor...
- D. PEDRO. Lo dije;  
aquí una muger habia;  
¿quién fue, pues no era la mía?  
hablas ó mueres, elije.
- BEATRIZ. Os diré pues lo que sepa,  
y tenedme compasion.  
(Espiaré su intencion  
con cuanta fortuna quepa.)  
Al hórreo, señor, bajé  
á llevar orden á Juan  
de vuestra parte...
- D. PEDRO. ¿Qué afan!  
no pregunto eso.
- BEATRIZ. ¿Pues qué?
- D. PEDRO. ¿Cuando del hórreo volviste,  
responde, al ir ó al venir  
en casa entrar ó salir  
alguna muger no viste?
- BEATRIZ. Señor, perdonad si anduve  
algo en volver perezosa,  
que de la noche medrosa  
compaña esperando estuve.
- D. PEDRO. Voto á...
- BEATRIZ. Azorada volví;  
mas cuando á avisaros iba,  
en estos cuartos de arriba  
gran son de querella oí.

Miré por el agujero  
de la llave, os vi á los dos,  
y no me atreví por Dios  
á meterme de tercero.

D. PEDRO. ¿Pero no viste salir  
de este cuarto una tapada?

BEATRIZ. Yo, señor, no he visto nada,  
porque verdad á decir,  
como amantes quimerillas  
nadie importa que examine,  
me volví por donde vine  
despacito y de puntillas.

*(Un momento de silencio, en que Beatriz observa á don Pedro, y este medita desesperado.)*

D. PEDRO. Está bien. Tarde ó temprano  
la verdad he de saber;  
y si eres tú ó mi muger,  
no teneis remedio humano.  
No he dé cesar en mi afan;  
y aunque me cueste la vida,  
sino doy con la escondida  
he de dar con el galan. *(Vase.)*

### ESCENA XIII.

BEATRIZ.

De tan peligroso apuro  
por un milagro salí;  
si da con ello ¡ay de mí!  
me hace añicos de seguro.  
Temblando estoy todavía. —  
Conforme me preguntaba,  
cuanto mas disimulaba  
mas su intencion me temia.  
Lo que á mí me asombra mas  
es ver cómo en este asunto  
tal papel hago que un punto  
no puedo volverme atrás.  
Si descubro el galanteo

él descubre la escondida ;  
 y en ambos casos mi vida  
 de un pelo colgada veo.  
 Quién tiene razon no sé,  
 mas del hidalgo y la dama...  
 allá voy... serviré al ama,  
 y si da mal, cambiaré.

*(Va á la puerta del gabinete de Margarita y llama.)*  
 ¿Señora?

ESCENA XIV.

*(Un momento.)* BEATRIZ, MARGARITA.

MARG. ¿Eres tú?

BEATRIZ. Yo soy.

MARG. ¿Estan los caballos ya?

BEATRIZ. Con ellos al puente va

Juan.

MARG. Beatriz, sin alma estoy.

¿Y de ese infeliz qué es?

BEATRIZ. No lleva la mejor parte,

segun calculo.

MARG. Á informarte

de su suerte corre pues.

BEATRIZ. ¿No es rebelde al rey don Juan?

MARG. ¿Qué te importa?

BEATRIZ. Es que hay soldados

en el lugar, que apostados

por los de Navarra estan.

MARG. (¿Esto mas, cielos?) No importa,

una carta á precaucion

tengo, y aunque en conclusion

es esperanza bien corta,

cómo has de dársela ve.

BEATRIZ. Es vano empeño, señora,

que está hecho un Argos ahora

vuestro esposo.

MARG. Ya lo sé;

mas asomada al balcon

puedes la calle espiar,  
y si es que acierta á pasar...

BEATRIZ. Entiendo mi obligacion.

MARG. Mas mira si á pesar de esto

(antes que él llegue á venir

puedes tú acaso salir  
tras él con cualquier pretesto.

BEATRIZ. Asi lo haré, descuidad.

MARG. Que entre en casa no permitas,  
y cuenta que de él me admitas  
oro ó papel.

BEATRIZ. No en verdad.

MARG. La última razon espero  
en mi cuarto. (*Entra en él.*)

BEATRIZ. Lo haré asi.

Que tengo yo para mí  
que si esto se alarga muero.

(*Asómase don Pedro á la puerta, y viendo á Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale.*)

D. PEDRO. Basta de misterios ya,  
y harto hay con un escondite,  
que si toma su desquite  
don Pedro...

### ESCENA XV.

BEATRIZ. DON PEDRO.

D. PEDRO. Le tomará.

BEATRIZ. ¡Cielos!

D. PEDRO. Venga ese papel.

BEATRIZ. Señor...

D. PEDRO. El papel.

BEATRIZ. Tomad.

D. PEDRO. Aqui sabré en realidad  
quién es ella, ó quién es él.

(*Lec.*) «Un caballo prevenido  
» tenéis en el puente.— A Dios, —  
» y ved que os persiguen dos,

»los del rey y mi marido.»

Quien escribe es Margarita.

(A Beatriz.)

Salid.

BEATRIZ. (Por todo atropella.) (Vase.)

### ESCENA XVI.

*DON PEDRO, despues de un momento de reflexion.*

Acudo primero á ella  
y aseguro al de la cita.

(Se sienta y guarda el papel.)

¡Dadme paciencia, Dios mio!

¡Margarita! (Llamando.)

### ESCENA XVII.

*DON PEDRO. MARGARITA.*

MARG.

¿Qué me quieres?

D. PEDRO. (No sé cómo me contengo,  
vive Cristo.) Que te sientes.

MARG. (¿Si habrá cogido la carta?  
Disimulemos.)

D. PEDRO.

(La imbécil  
quiere fingir todavía;  
mas sorprendido el billete  
á mí me toca esta vez.)

(Alto.) ¿Tienes, querida, presente  
cuánto tiempo há nos casamos?

MARG. Seis años y algunos meses.

D. PEDRO. Pues eso há que nuestra honra  
nos prestamos mutuamente.

MARG. (El alma tengo en un hilo.)

D. PEDRO. Dime, ¿y esto cuántas veces  
si se pierde se recobra?

MARG. ¿Pero, á qué viene esto, Perez?

D. PEDRO. ¿Sabes, Margarita mía,  
que cada sentido tiene



una puerta por do sale  
nuestra honra y nunca vuelve?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que no sois mas las mugeres  
que un alcázar en que la honra  
guardada los hombres tienen?

MARG. Por Dios, Perez, que no alcanzo  
lo que con eso pretendes.

D. PEDRO. ¿Sabes que un alma con honra  
otra alma con honra quiere,  
porque es justo que se guarden  
las reinas para los reyes?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que el marido que la pierde  
compra una marca de infamia  
que lleva en el rostro siempre?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que en tanto que no la vengue  
ni de hidalgo ni de hombre  
el vano nombre merece?

MARG. Mas yo...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que si por ella no vuelve  
hasta las dueñas escupen  
de su blason los cuarteles?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que ha nacido hidalgo Perez,  
y no ha de vivir sin honra  
aunque al mismo Dios le pese?

MARG. ¡Cielo!

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,  
que un remedio hay solamente  
para dolencia tan grave?

MARG. Pero escucha.

D. PEDRO. ¿Y que es la muerte?

MARG. Pero...

- D. PEDRO.                    ;Silencio...!
- MARG.                        Oye...
- D. PEDRO.                    ;Calla!
- mas hablando no me afrentes,  
                              y lee si te queda aliento,  
                              Margarita, estos papeles.
- MARG.                        ;Santo Dios! (Ganemos tiempo,  
                              y en su misma red se prende.)  
                              (De rodillas.)
- ;Perdon, Perez! ;á tus plantas  
                              me arrastraré eternamente!
- D. PEDRO.                    ;Y el polvo en que tú te arrastres  
                              podrá mi honra volverme?
- MARG.                        ;Lloraré al pie de tu lecho  
                              velando mientras tú duermes?
- D. PEDRO.                    ;Y qué sueño ha de acudir  
                              á quien sin honra se acueste?
- MARG.                        ;Seré menos que tu esclava,  
                              besaré el polvo que huelles!
- D. PEDRO.                    ;Y qué harás con esas manos  
                              que toman esos billetes?
- MARG.                        ;Perdon!
- D. PEDRO.                    La vida que llevas  
                              que te perdone agradece,  
                              y prepárate á enterrarla  
                              en un claustro para siempre.

## ESCENA XVIII.

MARGARITA.

;Terrible apuro por Dios!  
Si me confio y me vende,  
ambos á dos nos perdemos,  
porque Peralta no cede.  
No se lo digo, imposible;  
es un proscrito, un rebelde,  
y Perez con un contrario  
ni transige ni conviene.  
No, sola le he de salvar,

y si al cabo me sorprende,  
 á todo estoy ya resuelta,  
 le diré cuanto le debe:  
 y si aun se niega ostinado,  
 entonces, ¡cielos, valedle!  
 que vuestros altos designios  
 mas que mis intentos pueden.  
 ¡Beatriz! (*Llamando.*)

## ESCENA XIX.

MARGARITA. BEATRIZ.

- BEATRIZ. Señora...
- MARG. ¿Y Peralta?
- BEATRIZ. En la calle.
- MARG. Atentamente  
 acecha por dónde va.
- BEATRIZ. Segun dijo pronto vuelve.
- MARG. Pues ponte al balcon al punto,  
 porque de mí no sospeche.
- BEATRIZ. Mas, señora...
- MARG. Y si entre tanto  
 que está fuera, el otro viene,  
 avísame en el momento.
- BEATRIZ. Pero...
- MARG. Y dile que se espere.  
 (*Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de repente.  
 Esta la mira hasta que la pierde de vista, y des-  
 pues de silencio dice y se va.*)
- BEATRIZ. Pues señor, si entiendo jota  
 que los demonios me lleven. (*Vase.*)

---

---

## ACTO TERCERO.



*La misma decoracion del acto segundo.*

### ESCENA PRIMERA.

*BEATRIZ, que entra por la puerta del fondo.*

**E**h! ya estamos en campaña.  
Á la puerta está el mancebo,  
aqui la enredan de nuevo,  
y Santiago cierra España.  
No, pues de esta ya es en vano  
que yo tercié pretender;  
si me llega á sorprender  
don Pedro, canto de plano.

*(Llama á la puerta del gabinete de Margarita.)*

¿Señora?

### ESCENA II.

*BEATRIZ. MARGARITA.*

BEATRIZ. A la puerta está.  
MARG. ¿Peralta?  
BEATRIZ. El otro.  
MARG. ¿Y le has dicho...  
BEATRIZ. Todo, mas tiene capricho  
por veros y...  
MARG. No será.  
¿Está Juan con el caballo  
prevenido?  
BEATRIZ. Junto al puente.  
MARG. Pues si no corre prudente

remedio á su mal no hallo.

Dile que se salve, que huya,  
que le juro por mi vida...

BEATRIZ. Señora, segun la olvida  
poco espera de la suya.

MARG. ¡Cómo!

BEATRIZ. El son de los caballos  
se oye en el pueblo.

MARG. ¿Y aun tarda?

BEATRIZ. Del rey de Navarra aguarda,  
si no le hablais, los vasallos.

MARG. ¡Oh qué afan! por el balcon  
á despedirle saldré.

BEATRIZ. Es ya muy tarde.

MARG. ¿Por qué?

BEATRIZ. Se vienen de peloton  
los ginetes por la calle.

MARG. ¿Darán con él?

BEATRIZ. ¿Quién lo duda?

MARG. Pues abre, y que Dios le acuda.

BEATRIZ. Le hallará Perez.

MARG. Que le halle.

### ESCENA III.

MARGARITA.

¡Santo Dios! Si han decretado  
su muerte vuestros enojos,  
que no le vean mis ojos  
morir tan desventurado.  
Matadle lejos de mí  
si es tan culpable, Señor,  
ó va á hacer vuestro furor  
hoy dos víctimas aqui.

### ESCENA IV.

DON CARLOS. MARGARITA.

MARG. ¡Huid los del rey, por Dios!

D. CARL. Tan de cerca me seguian,  
que en las manos me tenian  
si no me ampararais vos.

MARG. ¿Por qué no habeis del lugar  
salido?

D. CARL. Imposible fue;  
por cuantas calles eché  
fui con soldados á dar.

MARG. ¿Con que estais cercado aqui?

D. CARL. Sí, de noche, abandonado,  
como tienen acosado  
en un monte á un jabalf.

MARG. ¿Y no hay medio?

D. CARL. No, ninguno.

MARG. ¿Ni es posible concluir...

D. CARL. Nada, y á poder morir  
hallára remedio alguno.

Margarita, si quisieran  
mi suerte y mi vida sola,  
alma me alienta española,  
dos veces no la pidieran.

Mas todos esos valientes  
que rebeldes son al rey,  
fueran de la misma ley  
las víctimas inocentes.

No, imposible transigir;  
he jurado á esa ciudad  
volverla su libertad,  
y lo tengo de cumplir.

MARG. ¿Y teneis pensado...

D. CARL. Nada:

¿ni cómo pude pensar  
¡ay de mí! sino en salvar  
esta vida desdichada?

## ESCENA V.

*Vuelve BEATRIZ con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso MARGARITA, y con el que salió de la escena.*

BEATRIZ. Esto vuelvo al gabinete,  
que todo lo anda Peralta;  
y si nota que aquí falta  
y á mi aposento arremete,  
lo encuentra y cae en la trama,  
¡Dios nos asista!

MARG. ¿Qué es?

BEATRIZ. Vuestro manto...

MARG. Pronto pues

tíralo sobre la cama,  
y corre, vuelve al balcon  
y avisa al venir Peralta.

BEATRIZ. (O mucha precaucion falta,  
ó sobra mucha razon.)

## ESCENA VI.

MARGARITA. DON CARLOS.

MARG. Don Carlos, para salvaros  
de tan inminente apuro  
no hay mas que un medio.

D. CARL. ¿Seguro?

MARG. Único.

D. CARL. ¿Cuál?

MARG. Ocultaros.

Partimos dentro de un hora  
Peralta y yo; en esta casa  
podeis quedar mientras pasa  
la turba perseguidora.—  
Los del rey se partirán  
con el alba, y en tal caso  
pensad, don Carlos, que á un paso  
los de Barcelona estan.

- D. CARL. Margarita, cosa alguna  
no es ya posible emprender  
que no venga á entorpecer  
mi desdichada fortuna.
- MARG. Pues fiar en mi marido  
tampoco es posible ya,  
segun por ambos está  
irritado y ofendido.  
Mas decid, en conclusion  
con el bando agramontés,  
si dais, ¿tan difícil es  
obtener vuestro perdon?
- D. CARL. Mirad, Margarita, bien (*Con melancolia.*)  
mi rostro por un instante,  
que muestras en mi semblante  
habrá que respuesta os den.
- MARG. No os entiendo.
- D. CARL. ¿Os olvidais  
que en una torre encerrado,  
á alimentarme forzado  
comí su pan?
- MARG. Me aterráis.
- D. CARL. ¿Aun no me entendéis?
- MARG. ¡No atino...
- D. CARL. ¿No habeis oido decir  
que el pan que ayuda á morir  
corta á la vida el camino?
- MARG. ¡Cómo!
- D. CARL. ¿Nunca oísteis vos  
que fue de muchos la vida  
sentenciada en la comida?
- MARG. Un veneno... ¡Santo Dios!
- D. CARL. Siento en mi sangre su huella,  
y aunque el fin no consiguieron,  
los traidores me le dieron  
en la prision de Morella.
- MARG. Mas...
- D. CARL. No acuso á nadie, no;  
al brindarme la bebida  
la mano quedó escondida,



no he de descubrirla yo.

Y pues aun vivo, y su intento  
el que fue no satisfizo,  
sé que quien el mal me hizo,  
si le dejan me hará ciento.

MARG. Don Carlos, hora menguada  
al nacer os ha acudido  
cuando alli no le ha cosido  
contra el muro vuestra espada.

D. CARL. Hay, Margarita, ocasion  
en que con razon bastante  
hay que tener por delante  
no acero, sino razon.

MARG. No sé cómo lo entendeis,  
porque en tan extremo caso  
morís si traeis el vaso,  
no bebo sino bebeis.

D. CARL. Yo le apuré todo entero, (*Con amargura.*)  
y si otra vez me le enviaran,  
vacío se le llevaran,  
mas otro beber no quiero.

Poner el mar he pensado  
por eso entre ambos á dos,  
que me pesara por Dios  
volver á lo comenzado.

MARG. Dirán que no habeis podido  
con la prez de vuestro nombre.

D. CARL. Diga lo que quiera el hombre  
como Dios fuere servido.

MARG. ¿Y la gloria...?

D. CARL. (*Con resolucion.*) ; Eh! ; ilusion vana!  
conozco mi obligacion,  
y sé que tengo razon.

MARG. ¿Para callar?

D. CARL. Soberana.

Harto, Margarita, os dije;  
entre infeliz y malvado  
que me llamen desdichado  
es lo que menos me aflige.

Basta ya de rebeldía,

y aunque me den la razon  
no harán que en necia ocasion  
confiese que la tenia.

Y dejémoslo, señora,  
que penseis lo que querais,  
me hasta que lo sepais  
vos sola en el mundo ahora.

MARG. Maldita fue vuestra estrella, (*Con tristeza.*)  
don Carlos, desde el nacer.

D. CARL. De sangre hice ya correr  
hartos arroyos por ella.

¿ Mas llorais ?

MARG. ¿ No he de llorar,  
señor, tanta desventura ?

D. CARL. No se puede mi amargura  
con lágrimas aliviar.

No pudo nunca un amigo  
consolarla ó dividirla.

MARG. Pues si no podeis partirla,  
(*Con entusiasmo.*)

podeis llevarla conmigo.

Yo, don Carlos, os amé  
con amor tan soberano,  
que si nacierais mi hermano,  
si os quisiera mas no sé.

Y á la faz del mundo entero  
puedo este amor confesar,  
sin que le hayan de tachar  
de liviano ni altanero.

Por mucho que os suponian  
mal hijo, inquieto y traidor,  
siempre atrevido mi amor  
les contestó que mentian.

Por mas que vuestra mision  
de desventura haya sido,  
siempre por vos he tenido  
cariño en el corazon.

Sí, y pues arrostré quizás  
en mi honor una sospecha,  
la vereda es muy estrecha

para que me vuelva atras.  
 Mi esperanza es bien escasa,  
 pero debe ya ser una  
 para entrambos la fortuna;  
 quedad, señor, en mi casa.  
 Aqui os habeis de salvar,  
 ó aqui habemos de morir,  
 que mejor es sucumbir  
 que humillarse á suplicar.

D. CARL. ¡Margarita!

MARG. Sí, yo soy,  
 sino de reinos señora,  
 una muger que os adora  
 y os salva, ó perece hoy.

### ESCENA VII.

DICHOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. ¡Don Pedro!

MARG. Ocultaos pues.

D. CARL. Mas...

MARG. Callad, y entrar ahora.

Si partimos con la aurora  
 no habeis peligro despues;  
 si no, desde aqui escuchad,  
 y segun la situacion  
 á vuestro ingenio y razon  
 en todo caso apelad.

Cierro aqui, y quito la llave.

*(Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la ha visto  
 quitar la llave de la puerta.)*

*(Peralta.)*

### ESCENA VIII.

MARGARITA. DON PEDRO.

D. PEDRO. *(Ya le encontré.)*

Secreto será muy grave, *(Con ironía.)*

pues lo guardas.

MARG. Bien se ve.

D. PEDRO. ¡Si yo lo acierto...!

MARG. ¿Quién sabe?

D. PEDRO. Acabemos, Margarita,  
quiero ver quién está aquí.

MARG. Sí por Dios: ¿quién os lo quita?  
mas ved que es una visita  
que vino solo por mí.

D. PEDRO. Abrid pues.

MARG. ¡Oh, no! esperad,  
que á quien aquí tengo oculto  
le echásteis sin caridad  
de vuestra casa.

D. PEDRO. Acabad.

MARG. Le vais á hacer otro insulto.

D. PEDRO. Despachemos, vive Dios,  
aquí os mato ambos á dos,  
ó á ese hombre la puerta abris.

MARG. ¡Un hombre!

D. PEDRO. El galan.

MARG. Mentís.

D. PEDRO. ¿Aun negais?

MARG. ¿Aun porfiais vos?  
¡Necio estais! venid acá.

(*Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire de triunfo.*)

¡No acertais quién puede ser!  
D. PEDRO. Sea quien quiera, lo dirá.

MARG. ¿Olvidaste la muger  
que hallé con vos? ¡aquí está!  
(*Señalando al gabinete.*)

D. PEDRO. Es una farsa, señora,  
es una infame impostura  
que vos inventais ahora.

MARG. Os disculpais en mal hora,  
aquí está, y está segura.

D. PEDRO. De cólera pierdo el tino:  
¡abrid aquí, ó voto á tal...!

MARG. Vuestra vergüenza imagino,

mas con techo de cristal  
no tireis al del vecino;  
todo por cierto lo doy;  
tengo por mi buena estrella  
un galan, en eso estoy,  
mas, Perez, con él me voy  
mientras os quedais con ella.

D. PEDRO. Abrid esa puerta pues;  
mi dama ó vuestro galan,  
veamos pronto quién es.

MARG. Es inútil vuestro afan,  
que lo he pensado al reves.  
Y contened el furor  
con que osado me amagais,  
que es mi parte la mejor.  
La dama está aqui, señor,  
ved si el galan me encontráis.

D. PEDRO. No sé cómo me contengo;  
pues confesais que es asi,  
obedecedme.

MARG. Convengo;  
mas la misma queja tengo  
yo de vos, que vos de mí.  
Y si por tino ó azar  
vuestra dama supe hallar  
y no hallais mi galan vos,  
no hago mas que atestiguar  
que he sabido mas que vos.

D. PEDRO. Mirad si quereis abrir,  
ó á la fuerza he de apelar.

MARG. Inútil es insistir.

D. PEDRO. Aprestaos á morir  
como le llegue á encontrar.

*(Va á forzar la cerradura con la daga.)*

## ESCENA IX.

DICHOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. Señor, señor.

:

- D. PEDRO. (*Con ira.*) ¿Qué queréis?  
 BEATRIZ. Que á tirar las puertas van.  
 D. PEDRO. ¿Loca estais?  
 BEATRIZ. Ved lo que haceis.  
 MARG. ¿Mas quiénes son?  
 BEATRIZ. ¿No los veis?  
 D. PEDRO. ¿Los rebeldes!  
 BEATRIZ. Aqui estan.

## ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN. NOGUERAS. SOLDADOS.

- D. JUAN. Aqui hay un rebelde; ó dadle, ó la casa registro, y ¡ay de ellos si ese hombre está aquí!  
 MARG. (Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)  
 D. PED. (¡El mundo está todo por Dios contra mí!)  
 (*A don Juan.*)  
 Quien quiera que fuereis, sino contemplara que do habeis entrado sin duda ignorais, por Cristo bendito que yo os contestara con lengua de acero. (*Mano á la daga.*)  
 D. JUAN. ¿Qué es eso, amagais?  
 D. PED. No, pues que parece pecais de ignorante y á fuer de obediente vasallo venís, mas ved si la casa dejais al instante, que el rey está en ella.  
 D. JUAN. (¿El rey?)  
 D. PED. ¿No me vió?  
 D. JUAN. Hidalgo, ¿estais loco? ¿pensais que el rey sea el hombre á quien necio ó traidor escondéis?  
 (*A la gente.*)  
 No quede rincon que no se ande y se vea.  
 MARG. (¡Dios mio, ayudadnos!)  
 D. PED. ¿Teneos!  
 D. JUAN. ¿Qué haceis?  
 D. PED. Yo soy caballero. Don Pedro Peralta.  
 (*Con brio.*)  
 He traído á este pueblo del rey comision, y busco á ese mismo rebelde que os falta,

del rey en el nombre don Juan de Aragon.

D. JUAN. Que aqui entró un rebelde, lo he visto, os lo juro.

(*Con desprecio.*)

Que vos sois Peralta lo veo tambien ;  
mas si hallo á ese hombre que os ahorco es seguro.

D. PED. ¿ Vos ?

D. JUAN. Yo.

D. PED. ; Voto á Cristo !

D. JUAN. Callad y vais bien.

D. PED. ¿ Que soy olvidásteis del rey secretario,  
de Lérida alcalde, su amigo mas fiel ?

D. JUAN. Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario ;  
mas obro en su nombre... pensad que soy él.

D. PED. Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,  
y á mí sus despachos él mismo me dió.

D. JUAN. Repito, Peralta, y silencio os encargo,  
que el rey de Navarra en su ausencia soy yo ;  
mandad que á esa gente las llaves entreguen.

(*A ellos.*)

No quede escondrijo ni cuarto por ver.

(*A Peralta.*)

Y no hayais recele que á un átomo llegue,  
que ya tienen todos lo que han menester.

D. PED. Estoy que no veo. Pedazos le hiciera  
si en falso su fuero llegara á encontrar ;  
aqui estan las llaves.

(*Peralta las toma de Beatriz, don Juan de don  
Pedro, y don Juan las alarga á Noguerras, que va  
por el interior de la casa á registrarla con toda  
la gente que entró con ambos.*)

D. JUAN. Mirad lo de afuera ;

(*A Peralta y Margarita.*)

á mí estos salones me pueden mostrar.

## ESCENA XI.

DON JUAN. DON PEDRO. MARGARITA.

D. PED. Del rey me habeis dicho venís en el nombre ;  
no haré resistencia, conmigo venid.

- D. JUAN. (*Mirando á Margarita.*)  
(¿Será la muchacha muger de este hombre?)
- MARG. (¡Dios mio, acudidme!)
- D. JUAN. (¡Muy bella!)(*A Peral.*) Decid.  
¿Esta es vuestra esposa?
- D. PED. (*Amostazado.*) Mi esposa.
- D. JUAN. ¡Es muy bella!
- D. PED. ¿Tambien conocéisla por suerte?
- D. JUAN. No á fé ;  
mas há muchas veces he oido hablar de ella,  
y que era escesiva su fama pensé.  
Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso  
que es mas que su fama su rara beldad.
- D. PED. Lo dicen. (Me abraso.)
- MARG. Dejaos ya de eso,  
señor caballero.
- D. JUAN. (¡Muy linda en verdad!)
- ¿Ha visto la corte?
- D. PED. Vivió algunos años  
en ella.
- D. JUAN. Jurara que nunca la vi.
- D. PED. ¿Sois pues de la corte?
- D. JUAN. De intrigas y amaños  
escuela, me cansa aunque noble nací.  
Conózcola empero, pues siendo soldado  
estoy muchas veces muy cerca del rey ;  
ya veis, centinela en palacio apostado  
las damas mirando éntretengo la ley.
- D. PED. Pasemos, si os place.— Ese es mi aposento,  
y en él hasta el lecho podeis registrar.  
(*Don Pedro le dirige hácia su cuarto. Don Juan ob-*  
*serva á Margarita.*)
- D. JUAN. (Pues es la Peralta de gracia un portento.)
- MARG. (¡Me juzga tan bella...! no lo he de olvidar,  
haré á mi hermosura tercero... probemos.)  
¿Podré, caballero...
- D. JUAN. ¿Yo os puedo servir?
- MARG. Sí; pues que por noble os dais y os tenemos,  
con vos un secreto quisiera partir.
- D. PED. (¡No sé como á raya tendré la paciencia!)



D. JUAN. Hablad, que os escucho.

MARG. ¡Empacho me da!

(Le lleva hácia la puerta donde está don Carlos, de modo que se conozca la intencion de que oiga.)

D. JUAN. ¿Son cosas...

MARG. De casa, atended.

D. JUAN. ¡Qué inocencia!

MARG. Nosotros, casados há tiempo y por...

D. JUAN. ¡Ya!

entiendo, adelante.

MARG. Trabamos ahora...

D. JUAN. ¿Alguna reyerta de amor conyugal?

MARG. Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora porque él no la viese.

D. JUAN. ¿Y lo sabe?

MARG. ¡Cabal!

Muger ofendida, y teniendo la prueba que da á mis recelos derecho y razon, si sois caballero dejadme que os deba tan solo una gracia.

D. JUAN. Será obligacion.

MARG. (Con intencion.)

Ya veis que un rebelde no es una manceba, cuidemos su fama, que tiene opinion; quisiera tan solo saber quién me lleva de Pedro el cariño.

D. JUAN. Y es buena ocasion.

Mas vine, señora, tras un enemigo; en ese aposento jurais que no está.

MARG. No es mas que una dama; de cierto os lo digo.

D. JUAN. ¿A cuartos de adentro por este se va?

MARG. No hay mas aposento que sala y alcoba; no hay mas escondrijo que aquella muger; cortina, ni puerta, luz, ni vista roba, y entre ellas ni un niño se puede esconder.

D. JUAN. Ireis á la corte.

MARG. Si veo á esa dama primero que Perez.

D. JUAN. Prometo que sí.

MARG. (Dios quiera que me oiga y apoye la trama.)

D. PED. (¡Oh! pues pese á entrambos, no sale de aqui.)

D. JUAN. Abrid y veamos.

D. PED. (*Con curiosidad.*) (Cualquiera que fuere,  
muger la descubro, galan doy con él.)

MARG. (Si ha oido se salva, sino por mí muere.  
Señor, amparadnos en trance tan cruel.)

(*Abre Margarita. Don Juan se da por satisfecho.  
Don Pedro queda como asombrado.*)

¿La veis?

D. JUAN. Es la dama.

MARG. Sentóse corrida

la faz encubriendo.

D. PED. (Y ella por Dios.)

MARG. (Pendian de un hilo su vida y mi vida.)

D. JUAN. Estoy satisfecho.

MARG. (*A don Pedro.*) ¿Lo estais tambien vos?

D. PED. Del todo.

D. JUAN. (¡Pobre hombre!)

D. PED. (Si sueño, no acierto;

mas queda en mis manos, y voto á la luz  
que en ellas espira, ó sabemos de cierto  
si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

## ESCENA XII.

*DICHOS. Los del rey, que vuelven con NOGUERAS.*

D. JUAN. ¿Le habeis encontrado?

NOG. Milagro parece  
que en torno cercado pudiera escapar.

(*A don Juan, bajo.*)

Mas ved que el peligro y el tiempo huye y crece.

D. JUAN. (*A Noguerras.*)

¿Y ahora...?

NOG. Yo quedo por vos á velar.

D. JUAN. Partamos. Peralta, tal vez y muy presto  
vendrán los rebeldes á veros.

D. PED. Lo sé.

D. JUAN. ¿Y vais?

D. PED. A quedarme guardando mi puesto

al rey obediente.

- D. JUAN. Mirad...
- D. PED. Lo miré.
- D. JUAN. El rey sabrá luego que honor nunca os falta.
- D. PED. Si no lo ha olvidado lo sabe bien ya.  
Decirle, si os place, que aqui está Peralta  
leal todavía, y leal morirá.
- D. JUAN. Holgará en saberlo y oidme. (Entre tanto  
que baja conmigo podrá su muger  
ganarle el secreto; el hombre es un santo  
en esto de amores.) (*Vanse todos.*)

### ESCENA XIII.

MARGARITA. *Despues DON CARLOS.*

- MARG. No sé lo que hacer.  
¿Don Carlos?
- D. CARL. Dejadme que salga, señora;  
pues esa es mi estrella, dejadme morir.
- MARG. Sois salvo.
- D. CARL. ¿Y Peralta?
- MARG. En salvaros ahora  
de grado ó por fuerza le haré consentir.
- D. CAR. Mas ved...
- MARG. No hay porfia: ¿oís desde adentro?
- D. CAR. Pues me he disfrazado, ya veis que os oí;  
mas de ese soldado quisiera el encuentro  
poder escusarme.
- MARG. Fiaos de mí,  
que le he conocido: sé cuánto os importa  
y cuánto os detesta, mas no os hallará.
- D. CAR. En esa esperanza...
- MARG. Tal vez es muy corta.  
(*Sintiendo á don Pedro, cierra.*)

## ESCENA XIV.

*DON PEDRO, cerrando las puertas, vase hácia MARGARITA, que se queda de espaldas á la puerta de su gabinete.*

D. PED. (Galan, dama ó duende de aquí no saldrá.)

Los lancés de esta noche, Margarita,  
no comprendo, mas de uno ú otro modo  
de mi incógnito amor y vuestra cita  
ver quiero el fin y comprenderlo todo.  
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama  
decís, y el galan vuestro no parece;  
va en descubrir á entrambos nuestra fama,  
y el tiempo corre y el peligro crece.  
Elegid: ó prudente y advertida  
de ese aposento me franqueais la puerta  
y doy sin dilacion con la escondida,  
ó por lo del galan os dejo muerta.

MARG. Ved, Peralta...

D. PED. Razones abreviemos;  
yo soy el ofensor, vos la ofendida,  
quiero satisfaceros; olvidemos  
vuestro galan y venga mi escondida.

MARG. Pues primero entendid.

D. PED. No entiendo nada;  
venga vuestro galan ó mi tapada.

MARG. Si antes no oís lo que deciros tengo,  
Peralta, no entrareis.

D. PED. Nada os escucho;  
la dama ó el galan, porque os prevengo  
que el mio y vuestro honor me importan mucho.

*(Va á la puerta.)*

MARG. Teneos.

D. PED. Apartad.

MARG. Oid primero.

D. PED. ¡Fuera, ó por Dios...!

## ESCENA XV.

DON PEDRO. DON CARLOS, *saliendo*. MARGARITA.

- D. CAR.   ¿Teneos, caballero!
- D. PED. Al fin salisteis, rondador de calles,  
mas falta vuestra cómplice.
- D. CAR.   Soy solo  
con mi desdicha yo.
- D. PED.   ¿Solo habeis dicho?
- D. CAR. Nadie conmigo está.
- D. PED.   ¿Con que era un dolo?  
¿Con que sois á la par, viven los cielos,  
enemigo del rey y del estado  
y objeto aborrecible de mis zelos!
- D. CAR. No soy mas que un desdichado.
- D. PED. ¡Desdichado...! Un traidor.
- D. CAR.   ¿Tened la lengua!
- D. PED. ¡Oh! mirando la cuna en que he nacido,  
entregaros al rey tengo por mengua  
cuando en mi propia casa os he cogido.
- D. CAR. En hacerlo tardais.
- D. PED.   ¿Eso os contenta?  
¿temeis mas mi furor que su justicia,  
vil acusador de mi baldon y afrenta?  
mas calculásteis mal; que yo me obligo  
al galan y al rebelde dar castigo.
- D. CAR. De una vez concluyamos, caballero;  
ni soy lo que pensais, ni mancha alguna  
temais en vuestro honor, porque prefiero  
á las manos morir de mi fortuna.  
Huí una noche por desdicha mia  
de una torre en que estaba allá en Pamplona;  
la ambicion y la envidia me tenia,  
y pensé refugiarme en Barcelona.  
Por los del rey de cerca perseguido  
me acogí á este lugar á la aventura;  
no delincuente, desdichado he sido,  
y el cáliz apuro de la amargura.

Entregadme... yo soy el que buscaban,  
mas perdonadme si mi nombre os velo;  
que esos que ha poco de salir acaban,  
mi cómplice os harán si os lo revelo.

D. PED. ¿Quién sois pues?

D. CAR. Un proscripto, aunque inocente.

Mas tal vez mi cabeza está tasada.

Y si os digo mi nombre, va esa gente  
á suponer que la teneis comprada.

D. PED. Entiendo vuestra sórdida impostura,  
mas yo no os pido por rebelde cuenta  
ni indago vuestra dicha ó desventura;  
quiero vengar en vos mi torpe afrenta.  
Escondido en mi casa os he encontrado;  
os vi de ella salir con Margarita,  
y pues no entiendo bien lo que ha pasado,  
esplicacion ó sangre necesita.

MARG. Yo os la daré, Peralta.

D. PED. Pues sed breve.

¿Sabeis quién es ese hombre?

MARG. Sí por cierto;

ese es un hombre á quien Peralta debe  
á manos del verdugo no haber muerto.

D. PED. ¡Mentís!

MARG. ¡No, vive Dios! á él solamente  
debes esposa, libertad y vida...  
ahora si quieres llamaré á esa gente  
y serás ante Dios un parricida.

D. PED. No alcanzo...

MARG. Lo adivino. ¿Has olvidado  
cuando en bandas la corte desgarrada  
en prenda estaba del combate osado  
en la plaza la horca levantada?  
¿cuando víctimas daban á porfia  
la sed de honores, la ambicion de mando?  
¿y un triunfo pregonaban cada dia  
la cabeza del uno y otro bando?  
En un oscuro calabozo distes,  
Peralta, y á morir te condenaron;  
de salvacion y fuga desististes,

y por muerto los tuyos te lloraron.  
 Te salvaste por fin ; ¿pero no sabes  
 quién burló entonces de la ley el fallo?  
 pues él rompió de tu prision las llaves,  
 (Señala á don Carlos.)  
 y él fue quien para huir te dió el caballo.

D. PED. Su nombre.

MARG.

De rodillas has de oírle  
 si á conocer tu bienhechor te avienes,  
 y apróntate, Peralta, á bendecirle,  
 que le debes la vida y cuanto tienes.  
 Él acogió mi juventud perdida,  
 él fue mi hermano, mi tutor, mi amigo,  
 y por él en la corte protegida  
 me dió fortuna y me casó contigo.  
 Ese fue quien de humilde é indigente  
 me igualó generoso con su hermana.

D. PED. ¡Su nombre, por piedad!

MARG.

La ingrata frente  
 pon á los pies del príncipe de Viana.

(*Don Carlos se desemboza ; don Pedro queda en som-  
 brío y siniestro silencio. Margarita con aire triun-  
 fador.*)

D. CAR. Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,  
 ludibrio del furor de la fortuna.  
 Vedlo, don Pedro, bien: noble y soldado  
 mi esperanza está en vos si aun tengo alguna.

MARG. ¿Qué haces, Peralta?

D. PED.

Lloro, Margarita.

D. CAR. ¿Tanto me habeis, Peralta, aborrecido?

D. PED. En esta noche, para mí maldita,  
 me alegrara, señor, no haber nacido.

MARG. ¿Dudas?

D. PED.

El mismo rey aquí me puso  
 para prenderos y entregaros luego:  
 si os salvo, amigo, de traidor me acuso,  
 y apuro mi deshonra si os entrego.  
 Entre infamia y traicion... ¿qué mas hablaros?  
 Nacidos los Peraltas caballeros,  
 caballero y leal debo salvaros,

vasallo de mi rey debo venderos.

MARG. Dí, y ese rey cuando señor te halles del secreto de que él mató al de Viana, mal padre y peor rey, para que calles ¿no te ahorcará por precaucion mañana?

D. PED. ¿Eso en un rey á suponer te atreves?

MARG. Sí; cuando tú cumpliendo como bueno dado á prision al príncipe le lleves, él doblará la dosis del veneno.

D. PED. ¡Margarita!

MARG. Le lleva en sus entrañas.

Sálvale ó dale. ¿De temor objeto piensas que vivas? Pagareis, te engañas, él la cuna real y tú el secreto.

D. PED. ¡Margarita! (*Con ira.*)

MARG. Con risa cortesana

te jurará traidor que le perdona, pero al morir aprenderás mañana que valió mas que el hijo la corona. ¡Pero llorais! ¡perdon! (*Al príncipe.*)

D. CAR. ¡Era mi padre!

Yo todo por la paz le he prometido, ir desterrado donde mas le cuadre, cederle liberal cuanto he tenido. Proscrito de mi patria, desterrado, (*Llora.*) no exigia yo mas de su corona que el honor y la paz del principado, el fuero y libertad de Barcelona.

MARG. (*Con entusiasmo.*)

No, ser no puede criminal quien ama sus pueblos y su honor mas que su vida: mira, Peralta, llanto no derrama al nombrar á su padre un parricida.

D. CAR. ¡Parricida! por cierto que mintieron:

Cataluña y Navarra ¿no le enviaron embajadores que por mí le hicieron reconocer cuán torpes le engañaron? ¿No me dieron sus tronos algun dia Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña, y por el mar la tentacion no huía



de respeto filial en firme seña?  
 ¡Ah! todo lo tenté, vine á postrarme  
 con toda la humildad de los vencidos,  
 y abrió en vez de los brazos á estrecharme  
 á la ambicion de Francia los oidos.  
 Ciego ya por mezquinos intereses  
 mi humillacion y lágrimas postpone  
 á los condes de Fox, al fin franceses...  
 Bien, suyo soy, ¡que mate ó que perdone!

(*A don Pedro.*)

Libre de vuestro empeño estais conmigo;  
 no es tarde aun, abrid esa ventana  
 y entregad sin temor al enemigo  
 al desdichado príncipe de Viana.

MARG. ¡Perez!

D. PED. Señor, que me arranqueis prefiero  
 la vida, á ser traidor.

D. CAR. ¡Dadles la mia!

D. PED. ¡La mia, vive Dios, daré primero!

MARG. (*Escuchando.*)

Silencio... una esperanza hay todavía.

(*Hace al príncipe que entre otra vez en su gabinete.*)

Que no os vean... entrad.

D. CAR. (*Entrando.*) ¡Aun mas, señora!

MARG. No respireis siquiera. (*A Peralta.*)

¡Abrid la puerta!

D. PED. Margarita, ¿qué hacer...?

MARG. (*Abriendo.*) Callar ahora.

(*Estoy de miedo y de esperanza muerta.*)

## ESCENA XVI.

DICHOS. GARCERÁN, como salió de la escena en el  
 acto primero, con botas y espuelas, cubierto de lodo  
 y sudor, y en el mas completo desorden.

GARC. Señor, salvaos; los rebeldes llegan.

D. PED. ¡Esto mas!

GARC. Por la sombra protegido  
 la puerta del jardin les he ganado,

y á morir ó salvaros he venido

MARG. ¡Dios santo!

D. PED. Garcerán, tarde has llegado.

GARC. Yo os salvaré, venid.

### ESCENA XVII.

*Cuando GARCERÁN va á salir llegan DON JUAN con RANGEL y dos ó tres de los suyos.*

D. JUAN. (*A Rangel.*) (¡Y hay si has mentido!)

Aquí está el rebelde, ó dádmele al punto,  
ó cierro la casa y la mando quemar;  
si alguno resiste dejadle difunto;  
morir ó entregarle, poco hay que dudar.

D. PED. ¿Y quién amenaza con muerte y con fuego  
mi casa?

D. JUAN Quien puede.

D. PED. ¿Quién puede sois vos?

D. JUAN. Peralta, no vale la fuerza ó el ruego,  
ó dais el rebelde ú os quemamos á los dos.

D. PED. ¿Y habiendo ese encargo yo aquí del rey mismo  
pensais que al monarca sirviera tan mal?

D. JUAN. El rey satisfecho de tal patriotismo  
os ha revelado del cargo real.

Y en fin, en mis manos por suerte ha caído,  
pues dió en Villafranca conmigo al huir.  
El rey en secreto prenderle ha querido,  
y al rey en secreto conmigo ha de ir.

D. PED. ¡No irá, voto á Cristo!

D. JUAN. ¿No irá? y con mi gente  
vos mismo á Pamplona conmigo vendreis.  
El rey os lo manda.

D. PED. Y al rey frente á frente  
cuando él me pregunte...

D. JUAN. Le responderéis;  
y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,  
¿me dais ese hombre?

MARG. Buscadle, señor;  
franquearos la casa lo mas es que haremos;

(de no contentaros mirad lo mejor.)

D. JUAN. Sois bella, señora, cual sois de taimada,  
me habeis engañado con harto doblez.

MARG. Tan solo esta sola no fue registrada.

D. JUAN. No quedará nada por ver esta vez.

(Don Juan entra en el aposento con Nogueras. Rangel y los soldados del rey se quedan en la escena. Margarita cerca de la puerta por donde entró don Juan. Peralta indeciso entre colérico y avergonzado: en esta situación se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.)

RANGEL. ¿Qué es esto?

UN SOLDADO. (Asomándose á la ventana.)

Tomemos pies.

Los rebeldes.

(Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró don Juan.)

MARG. (Por si acaso.)

(Pasa al lado opuesto donde está don Carlos.)

### ESCENA XVIII.

DICHOS. Soldados de los insurgentes de Barcelona, rebeldes de todos puntos de Cataluña &c. MARGARITA delante de la puerta donde está DON CARLOS. DON PEDRO, con la espada en la mano.

EL GEFE. Al primero que dé un paso  
le divido de un revés.

¡Hola, aquí hay agramonteses!

Atadlos bien por los codos,

y que los guarden con todos

nuestros bravos montañeses.

Señores, darse á prision,

ó venirse con nosotros.

(A don Pedro.)

Sois hombre de condicion.

Abajo hay algunos potros;

montad el que os diere gana,

y Barcelona os abona.

MARG. (*Abriendo el cuarto donde está el príncipe.*)  
De rodillas Barcelona  
ante el príncipe de Viana.

## ESCENA XIX.

DICHOS. EL PRÍNCIPE.

D. CARL. Insensatos, ¿qué intentais?

REBELDE. Libraros.

D. CARL. ¿De quién?

REBELDE. Del rey.

D. CARL. ¿Y así las leyes?

REBELDE. No hay ley,

señor, donde vos no estais.

Barcelona, esa ciudad

de su príncipe dolida,

al rey pide vuestra vida,

y con vos su libertad.

¡Viva el príncipe de Viana!

TODOS. (*Fuera y dentro.*)

¡Viva!

REBELDE. ¡Viva Barcelona!

TODOS. (*Idem.*)

¡Viva!

D. CARL. Vuestro intento abona  
esa rebelion insana.

REBELDE. Señor, Cataluña entera  
no quiere mas que con vos  
la ley suprema de Dios  
y la libertad primera.

D. CARL. Vamos pues á esa ciudad,  
y si mi padre se aviene,  
mañana os juro que tiene  
Barcelona libertad.

Peralta, venid conmigo.

D. PEDRO. Perdonad; me quedo aqui.

D. CARL. ¿Y el rey?

D. PEDRO. Hidalgo nací,  
y á morir leal me obligo.—

Idos, príncipe, con Dios  
 si estais salvo; ya lo veis,  
 nada al cabo me debeis,  
 y aun quedo en deuda con vos.—  
 Y aunque mi honra está empañada  
 á cual mas por cada uno,  
 para no ir contra ninguno  
 dejaré patria y espada.

MARG. Idos, y el cielo os proteja;  
 que cuando lejos muramos,  
 que sois tan feliz sepamos  
 como España necesita.

D. CARL. Pues si en mejor ocasion  
 un dia á mi padre veis,  
 que no pedí le direis  
 mas que la paz y el perdon.  
 Que ya dolorido y harto  
 de guerra y mal tan prolijo,  
 siendo su heredero y su hijo  
 á tierra estrangera parto.

MARG. Id.

*(El príncipe los abraza y dice saliendo:)*

D. CARL. Y pues sois tan honrados,  
 en vuestros males estremos  
 venid á mí y partiremos  
 el pan de los desdichados. *(Vase.)*

## ESCENA XX.

MARGARITA. DON PEDRO.

MARG. Dios os ayude, señor.—

*(A Perez.)*

Y Dios solo te ha salvado,  
 Peralta, de haber quedado  
 por infame ó por traidor.  
 Y porque ahora la prudencia  
 mas que nunca es menester,  
 antes de lo que has de ver  
 quiero hacerte una advertencia.

Él, de dos reinos señor,  
 tras del príncipe ha corrido  
 como si hubiera nacido  
 berberisco ó salteador.

Porque de asunto tan grave  
 no caiga sobre él la mengua,  
 no hay mas que arrancar la lengua  
 á quien el secreto sabe.

Ahora bien; pues lo sabemos,  
 el argumento es bien llano.  
 Peralta, tarde ó temprano  
 por saberle moriremos.

*(Abre la puerta donde está don Juan y Noguerras.)*

ESCENA XXI y ÚLTIMA.

MARGARITA. DON PEDRO. DON JUAN. NOGUERAS.

MARG. Podeis salir, rey don Juan.

D. PEDRO. ¡El rey...! ¿con que no mentian?

MARG. *(A don Juan.)*

Por el príncipe venian;

le encontraron y se van.

De vos á él le protegimos

y de los suyos á vos;

no podeis, señor, por Dios

decir que traidores fuimos.

D. JUAN. Peralta, yo bien sabia

que hice en vos un buen amigo.

D. PEDRO. No habéis, rey don Juan, conmigo,

porque yo no os conocia.

El que oculto estuvo alli

era el príncipe de Viana;

si vos lo contais mañana,

á él lo debeis, y no á mí.

Y no temais que en la historia

por nuestra audaz villanía

quede, señor, algun dia

de esta noche una memoria.

Que vos mismo habeis venido

tras del hijo que enjendrasteis,  
 es un secreto que echasteis  
 con nosotros al olvido.

D. JUAN. Ingrato no me hallareis.

D. PEDRO. Dejadlo estar como está  
 y partid cuando gustéis,  
 que nada temer podéis  
 de los catalanes ya.  
 Mas me habeis hecho el ultraje  
 de creerme desleal,  
 y ya me sentará mal  
 el rendiros homenaje.

Rey don Juan, esa es mi espada.

*(Se la desciene y la pone en el suelo á sus pies.)*

Para no haceros traicion,  
 no la llevo á precaucion  
 ni desnuda ni envainada.

FIN DE LA COMEDIA.

*Se hallará en Madrid en las librerías de  
Escamilla, calle de Carretas, y de Cuesta,  
frente á las Covachuelas.*







